

DANIEL SANTOS

A woman with dark hair and red lipstick is wearing a strapless, form-fitting red dress. She is posed with her arms raised and hands clasped, looking towards the camera. The background is a deep red, draped fabric that creates a sense of movement and texture.

*Bruja*  
DE SANGRE



ROMANCE OSCURO Y FANTASÍA MEDIEVAL



---

# BRUJA DE SANGRE

---

*Romance Oscuro y Fantasía Medieval*



Por **Daniel Santos**

© Daniel Santos 2019.

*Todos los derechos reservados.*

Publicado en España por Daniel Santos.

Primera Edición.

*Dedicado a Bridget y Caterina,  
por darme esperanzas en el futuro.*

*Mi regalo GRATIS por tu interés;*

--> **[Haz click Aquí](#)** <--

**[La Bestia Cazada](#)**

[Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero](#)



~~2,99€~~

***Gratis***

--> **[www.extasiseditorial.com/amazon](http://www.extasiseditorial.com/amazon)** <--

*para suscribirte a nuestro boletín informativo  
y conseguir libros el día de su lanzamiento  
GRATIS*

## I

### **Maldita al nacer**

Su nacimiento había iluminado las vidas de Dos padres enamorados que finalmente habían conseguido encontrar la perfección y el círculo completo para poder definirse como una familia. La imposibilidad de Lucius para poder tener hijos y procrear naturalmente, lo había hundido en una desesperación tremenda, tratando de compensar la tristeza y depresión que había generado en su esposa.

Diana deseaba esto más que nada en el mundo, y la imposibilidad de poder complacer la, había generado mucha frustración en el rey. Largas horas de llanto se llevaban a cabo en la habitación de la Reina, quien, durante los últimos dos años, había permanecido encerrada, demacrándose, perdiendo peso, y entrando en un estado emocional del que difícilmente volvería a salir de manera normal.

El rey hacía absolutamente todo lo que estaba en sus manos para poder darle felicidad a esta mujer, pero nada funcionaba, el hecho de no poder convertirse en madre, había hecho que se sintiera desdichada e incompleta. Algo tan básico como esto no lo podía adquirir con todo su oro o todo el poder del que hacía alarde el rey, así que, cada vez que aquella mujer veía una madre acompañada de su bebé, entraba en un estado que era difícil de calmar.

Trataba de dormir la mayor parte del día, y esta era la manera en que la reina Diana escapaba de una realidad que la estaba llevando a la locura. Fue entonces, cuando Lucius, sin saber qué hacer, consultó a los hechiceros del reino, aquellos que trabajaban para él y eran de su absoluta confianza.

No había nada que hubiese funcionado, nada de la medicina suministrada a aquella mujer podía eliminar la tristeza que invadía su corazón. Su alma prácticamente había perdido el brillo, y a través de sus ojos, se podía observar la tristeza tan profunda que padecía aquella mujer. Como hombre, se sentía fracasado, ya que, no podría proporcionarle el sueño a aquella mujer, con la que se había casado completamente enamorado y dispuesto a satisfacer todos sus deseos.

Durante una época, follaban hasta 3 y 4 veces al día intentando procrear, pero esta rutina, a pesar de que era disfrutada por ambos, se convirtió básicamente

en una serie de intentos fallidos, que llevarían cada vez a una frustración mucho más intensa. Años habían pasado desde que la reina se había obsesionado con la idea de convertirse en madre, por lo que, no sería sino hasta que Lucius diera con una idea que ponía en riesgo hasta a su propia vida para poder complacer los designios de su reina.

Estaba tan enamorado de aquella mujer, que prácticamente había perdido la cordura, entrando en un territorio inexplorado, donde sólo podían entrar a aquellos que no tenían más opciones y eran guiados por la absoluta desesperación. Aunque Lucius podía ser catalogado como uno de los hombres más poderosos de la tierra, al dirigir un reino fructífero y activo en la minería, no era el más poderoso del universo, ya que, más allá de su entendimiento, se encontraban una gran cantidad de elementos que no conocía.

El rey siempre se había comportado como un hombre egoísta y egocéntrico, haciendo alarde de su riqueza y disfrutando la desgracia de otros. Poco a poco, fue conociendo la lección al no poder hacer feliz a la mujer que se había enamorado de él. Inevitablemente, Diana tendría que sufrir con este padecimiento de no poder ser madre debido al hecho de que estaba casada con el rey y no estaba dispuesta a abandonarlo. Querían convertirse en una familia, y evidentemente, tarde o temprano lo lograrían, pero lo curioso de toda esta situación, eran las condiciones en las que lo habían logrado.

El rey, consumido por la desesperación y luego de tener una conversación dramática con su esposa, había accedido a una pequeña información que le había proporcionado uno de sus hechiceros, quien lo llevaría directamente por el sendero de la oscuridad a encontrarse con uno de los seres más nombrados, más temidos, pero menos visto por el hombre.

— Si no puedo procrear, entonces ¿de qué me sirve estar viva? Moriremos solos, ancianos y sin ningún tipo de compañía ni herederos.

— Hemos hecho lo que ha estado en nuestras manos para resolver esta situación, querida. Los dioses nos iluminarán en el momento en que sea adecuado.

— Los dioses se han olvidado de nosotros. Ya no quiero saber nada de ellos. Mi único sueño no es tener poder, no es el dinero ni las riquezas con las que contamos. Mi único sueño es convertirme en madre, y nunca podré hacerlo, no mientras esté a tu lado.

— ¿Y acaso pretendes abandonarme?

El rey experimentó una gran cantidad de pánico en ese momento, ya que, había puesto sobre la mesa la posibilidad de quedarse completamente solo. La luz de sus ojos y la razón de su vida siempre había sido la reina Diana, por lo que, perderla simplemente se convertiría en un acto de autodestrucción, llevando el reino a un caos.

— No pretendo abandonarte, pero a veces simplemente quisiera cerrar mis ojos y no abrirlos jamás. Eso es lo que siento.

La reina colocó su cabeza sobre la almohada, y con sus mejillas empapadas en lágrimas, simplemente cerró sus ojos y se cubrió con las sábanas. Estaba realmente deprimida, y si seguía en ese estado, muy pronto se enfermaría y moriría irremediamente. Lucius no podía permitirse dejar que su esposa, la mujer que idolatraba, entrara en ese estado, por lo que, inmediatamente tras salir de aquella habitación, fue directamente a la torre de los hechiceros.

— Mi rey, no te esperaba a estas horas de la noche. ¿Qué te trae a mi torre?

— No quiero perder más tiempo. Necesito una solución para mi problema de fertilidad. Necesito convertirme en padre y darle la felicidad a mi esposa, necesito un heredero.

— Hemos hecho cuánto ha estado en nuestro alcance hasta el momento. Incurrir en una nueva solución podría ser muy peligroso, mi rey. — Dijo el anciano hombre cuya joroba no le permitía erguirse.

Aquellos hombres trabajaban bajo el mandato del rey, y tenían terminantemente prohibido hacer práctica de magia negra. Pero en este punto de sus problemas, el rey no está dispuesto a continuar siguiendo las reglas, ya que, esto básicamente lo seguirá hundiendo cada vez más en su desesperación y terminará destruyendo a su familia.

Esto había sido guardado como un secreto real, no podía saberse más allá de las paredes del castillo, ya que, cualquiera que supiera que el rey no podía procrear, lo tomaría como un acto de debilidad, falta de hombría, por lo que, se abrirían las ofertas y mediata mente ante la necesidad de la reina de ser fertilizada.

Lucius nunca permitiría que otro hombre le pusiera las manos encima a esta mujer, al menos eso era lo que él creía hasta ese punto. Tendría que comenzar a razonar con ciertas cosas que nunca había imaginado que existían, tendría

que valuar algunas posibilidades que iban más allá de la inteligencia que aseguraba que tenía, por lo que, era el momento de enfrentarse a una tormenta de eventos que pondrían a prueba la cordura de Lucius.

Si algo era cierto, era que, era capaz de hacer cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa que se le pasara por la mente por Diana, así que, tras escuchar las indicaciones del hechicero, finalmente habían entrado en un ritual en el cual invocarían a un ser que podría ofrecerle una solución al rey.

Años más tarde, el propio Lucius se daría cuenta que había cometido un grave error, ya que, hacer un pacto con el mismo diablo, era algo que ni siquiera los hechiceros habían hecho jamás. Este ser era conocido por sus trampas, por su traición, por sus actitudes deplorables y comportamientos inesperados. Era inestable, volátil, y en cualquier momento podría acabar con la vida de aquel que había firmado el contrato por su alma.

— Hagámoslo pronto, no puede pasar de esta noche la solución a mis problemas. Ordenó Lucius mientras colocaba su mano en el hombro del hechicero.

El anciano hombre sintió un poco de miedo y escalofríos al ver la mirada de seguridad en el rostro del rey. Esto podría comprometer el futuro del reino entero, inclusive del mundo, ya que, se estaba invocando la presencia de un ser cuyo poder era imparable. El grupo de hechiceros se reunió en un círculo, y después de llevar a cabo una serie de procedimientos realmente escalofriantes, se había abierto una especie de portal entre las llamas. El fuego se había avivado de una manera descomunal, pero no parecía quemar la piel de los presentes.

Un estruendoso sonido que parecía emanar desde el centro de las brasas, como si la misma tierra comenzara a separarse a pedazos. Finalmente, las llamas comenzaron a tomar una forma humana, algo que dejó completamente estupefacto a Lucius, quien sentía unas ganas terribles de salir corriendo de allí. Cuando tuvo la intención de abandonar el lugar por miedo, el hechicero ordenó inmediatamente que no lo hiciera, ya que, ya era demasiado tarde.

Pocos segundos más tarde, tendrían frente a ellos un hombre completamente estilizado que medía casi 2 metros de altura. Su cabello era oscuro, cejas prominentes, sus ojos tenían una tonalidad rojiza, mientras que, su sonrisa no dejaba de dibujarse en su rostro, parecía haber despertado de un largo sueño.



Sus vestiduras eran acordes a la época, había tomado la forma que deseaba, y al estar parado frente a estos hombres que no habían invocado, simplemente podía mostrar algo de agradecimiento, pero no sentía respeto por ninguno de ellos. Automáticamente, aquel ser malévolo saltó sobre uno de los hechiceros y enterró sus dientes en el cuello. Succionó su sangre de manera instantánea, convirtiéndolo en un saco de huesos casi en un par de segundos.

— ¿Qué haces? ¡Lo mataste! — Exclamó Lucius, mientras intentaba controlar aquella locura.

La mirada que recibió por parte del diablo, había sido directa, y había penetrado en lo más profundo de su alma explorando todos sus miedos, temores y necesidades.

— ¿Así que tú eres el rey Lucius? Es un placer conocerte, creo que te debo el hecho de estar aquí. — Dijo el demonio.

El rey se sorprendió al saber que aquel hombre había leído su mente y entendía cuáles eran sus necesidades. No tenía escapatoria, ya que el ser ya se encontraba en el plano real. Había salido desde las fauces del infierno, y ahora estaba compartiendo la misma dimensión con estos hombres que habían cometido la gran equivocación de invocar a este hombre por un fin personal.

— Dime ahora mismo lo que deseas. Sólo a ti concederé el deseo que me pidas, claro, eso sí, bajo mis condiciones. — Aseguró.

— No puedo proveerle un hijo a mi esposa. Quisiera poder hacerlo. — Dijo Lucius con una voz tímida.

Las carcajadas del diablo se escucharon en toda la torre. Parecía estar poniendo a prueba la capacidad de tolerancia del rey, quien se sintió humillado, pero sus poderes o dinero, no tenía ninguna validez o utilidad en contra de este malévolo ser, quien, tras escuchar el deseo de aquel hombre, cerró sus ojos y llevó sus manos directamente hacia su pecho. Acto seguido, volvió a abrir sus ojos, y estos estaban completamente negros.

El hombre mostró una cara de placer magnífico, observó el cielo, y sonrió nuevamente. Su mirada retadora, como si estuviese enfrentando a la omnipotencia de los dioses, esta era su oportunidad de ganar terreno la tierra, por lo que, había prometido solución al problema del rey, pero pronto volvería para aclarar las condiciones.

Sin decir una sola palabra, aquel demonio desapareció entre las llamas, los

hechiceros estaban totalmente aterrados, y hasta ese día habitaron en el reino. De manera automática huyeron de allí, ya que, no serían capaces de invocar nuevamente a este ser, había matado a uno de los siete hechiceros principales que aún vivían y no podían arriesgarse a un nuevo encuentro con este demonio. No conocían a nadie que fuese capaz de controlar el poder del diablo, y tras algunos días de preparación, los hechiceros habían marchado para siempre del reino de Lucius.

Esto no había sido demasiado importante para él, quien finalmente había recibido la noticia de que su esposa estaba embarazada al notar sus síntomas tan sólo seis semanas después. Había sido un embarazo normal, la reina era cuidada de manera minuciosa, y sin duda alguna, era la mujer más feliz de aquel lugar. Finalmente podría convertir su ilusión, su meta, en una realidad absoluta, y tendría entre sus manos a una niña o niño, según lo dispusieran los dioses, y este se convertiría en el heredero de la pareja.

Al momento de su nacimiento, ambos padres no podían contener su felicidad, había sido una hermosa niña, cuya sonrisa a tan sólo unos pocos segundos de haber nacido, los había dejado sorprendido, lo que sería un símbolo de felicidad. Habían elegido el nombre de Astrid, ya que, así se llamaba la madre de la reina.

Sería una nueva etapa para el reino, y había sido una dura lección para el rey, quien ahora se convertiría en un ser humano completamente diferente. Pero mientras este celebraba haberse convertido en padre, y la reina disfrutaba de la felicidad plena y absoluta, había alguien más esperando el momento de hacer acto de aparición.

— Tengo mucha sed, ¿podrías traerme un poco de agua? — Preguntó la reina dirigiéndose hacia su rey.

Tenían grandes cantidades de servidumbre a su disposición, por lo que, podía decirle a cualquiera de estos que se encargara de traer el agua a la reina, pero como un gesto de atención y cariño, el rey fue directamente hacia el área de la cocina para buscar el agua él mismo. Sería justo en este momento, cuando alguien lo estaría esperando en este lugar.

— Felicidades por el nacimiento de tu hija. Creo que las cosas no salieron como yo esperaba. — Dijo aquel hombre que había aparecido de entre las llamas meses atrás.

— ¿Qué haces aquí? Alguien puede verte. — Preguntó Lucius.

— Las preguntas y las respuestas sólo las tengo yo. Como verás, tu hija ha nacido del vientre de tu esposa, pero no lleva tu sangre.

— ¿Qué dices? Dijiste que cumplirías mi deseo y luego plantearías las condiciones, recuerdo claramente tus palabras.

— No escuchas con atención, Lucius. Ya te he dicho que no lleva tu sangre. ¿Y de quien crees que es la sangre que corre por las venas de tu hermosa hija? Astrid, creo que así le llamaste, ¿no?

El corazón de Lucius comenzó a latir debido a la gran cantidad de adrenalina que corría por su cuerpo. Estaba lleno de ira, y había comenzado a atar cabos acerca de las palabras que había pronunciado aquel malévolos ser. No entendía cuál era el alcance del poder de este hombre o criatura, no sabía realmente qué era, y no podía arriesgarse a ponerlo a prueba.

— Esperaba que fuese un varón, pero lamentablemente ha sido una niña. Tendré que volver a reestructurar mis planes. — Dijo el demonio mientras quitaba el vaso de agua al rey de sus manos y bebía un sorbo.

No sabía si sentir miedo, rabia o alegría, ya que, estaba experimentando una tormenta de emociones debido a la situación por la que estaba pasando. Pero para su tranquilidad, aquel demonio desaparecería inmediatamente, dejando que el rey disfrutara de su nueva familia, la cual comenzaría a estabilizarse en los próximos años. El diablo no era un ser que estaba acostumbrado a hacer favores. Su estilo de actuar era el canje, había algo que a él le interesaba y por esto él accedía a las necesidades de aquellos que pedían su ayuda.

El hecho de que fuese un Rey quien había pedido su colaboración, le daba la posibilidad de ganar un poco de terreno. Durante siglos, su necesidad de controlar la tierra había estado siempre en el tapete, llevando a cabo luchas continuas contra su principal enemigo celestial.

Los dioses siempre habían tratado de contener al diablo, pero este siempre conseguía una forma de escapar o de escabullirse. El rey había perdido la fe en los dioses, al igual que la reina, por lo que, no había forma de neutralizar esta influencia que aquel ser intentaba ejercer sobre ellos.

Para su desgracia, Astrid había crecido en un seno familiar bastante extraño, ya que, por su vena corre sangre del mismo diablo, pero esta no será apta para darle el poder a este ser maléfico en un futuro. La relación entre Lucius y su

hija Astrid nunca fueron las mejores, ya que, siempre estuvo en la mente del rey que esta chica no era su hija biológica.

Él simplemente había sido el generador de aquella gestación, pero no había participado y no había engendrado el bebé. El secreto permanecería guardado durante algunos años, pero a medida que Astrid iba creciendo, comenzaba experimentar algunos cambios que no eran de una niña normal.

Tenía poderes que se salieron de control, irremediabilmente, lo que obligaría a Lucius a confesarle absolutamente todo lo que le estaba pasando. Si alguien se enterara de la existencia de una chica con poderes, fácilmente la cato lograrían como una bruja, una hechicera negra, y automáticamente, la quemaría viva.

Había intentado ignorar todos estos episodios extraños donde el movimiento involuntario de objetos, el incendio inesperado de algunos lugares, y la muerte de algunos que se acercaban a ella sin ninguna explicación, le daban a entender que no era alguien normal.

Pero Astrid intentaba por todos los medios tener una vida normal, lo que le llevaría a enamorarse de Percy, un joven del pueblo, con quien se veía escondidas apura te algunas noches. Con 18 años de edad, había conseguido enamorarse profundamente de este joven, y la curiosidad la llevaría inevitablemente explorar algunos territorios bastante densos en un granero del pueblo. Había sido víctima de la manipulación del joven, pero sabiendo que este chico tenía intereses realmente fuertes hacia ella, no sería difícil para ella aceptar todas las condiciones.

Se habían visto a escondidas en aquel lugar completamente solitario, el cual cerraba sus puertas cuando el sol caía durante horas de la tarde. En este granero, la chica había entregado su cuerpo por primera vez a un hombre, siendo Percy el afortunado de hacerle el amor aquella joven virgen fui al cuerpo era una delicia de los dioses. Tan sólo con tocar su piel y besar sus labios, aquel hombre experimentaba un gran nivel de excitación, disfrutando de los gemidos y murmuraciones de aquella chica en medio de un acto lento y apasionado.

Tenían que ir con calma, ya que, Astrid por primera vez estaba sintiendo todas esas sensaciones en su vientre, mientras aquel hombre entraba en ella y la silla sentir de otro planeta. Por momentos, sentía que no era la realidad, parecía entrar en un trance profundo, donde la excitación y el deseo tenían el control

absoluto. El cuerpo de Astrid estaba entregado a aquel joven Percy, quien el recorrido completamente con sus besos y la disfruto hasta la última gota. Después de dejarla completamente satisfecha tendida sobre el pasto de aquel granero, aquel hombre se puso de pie, buscó sus vestiduras y estaba dispuesto a irse.

— ¿A dónde vas? ¿Por qué te vas tan pronto? — Preguntó la desnuda chica.

— Tengo que ocuparme de algunas cosas en casa. Nos veremos mañana. — Dijo Percy antes de abandonar el granero.

Ni siquiera se había dado a la tarea de acercarse a la chica para proporcionarle un beso de despedida, algo que le dio entender a Astrid las claras intenciones de aquel hombre. Se había mostrado como un ser sincero y transparente, pero lo único que había buscado era lo que otros hombres deseaban con locura y no habían obtenido por el simple hecho de ser directos y carnales totalmente.

— No creo que sea esta la forma de tratar a tu novia. — Dijo Astrid.

— Nov... ¿Novios? Creo que estás confundiendo las cosas.

— ¿Quieres decir que esto no representa absolutamente nada para ti?

— Hablaremos en otro momento, debo irme.

Era inevitable que la chica experimentara una gran cantidad de ira en su corazón, ya que, simplemente había sido utilizada como un objeto sexual por este hombre. De manera instantánea, se quedó observando con mucha furia aquel chico, y a pesar de no tener control sobre sus poderes, estos afloraban de manera inesperada. Astrid era tan volátil en estable como su verdadero padre biológico, el diablo, por lo que, la joven bruja encendió en llamas a aquel chico, quien salió corriendo del granero completamente cubierto de fuego, gritando de manera desgarradora porque lo ayudaran.

Fue inevitable para ella sentir miedo, pero sintió el sabor de la venganza, y lo peor de todo esto era que le había gustado. Astrid llevaba en su sangre, en su ADN, una maldición completamente poderosa, el hecho de ser hija del propio diablo, la ha convertido en una amenaza para su pueblo, su familia y para sí misma, pero necesito explicaciones, y sólo hay un hombre que es capaz de proporcionarle datos detallados acerca de lo que le ocurre.

Las puertas de la habitación de su padre se abrieron repentinamente, mientras

este y su madre se encontraban descansando en su cama.

— ¡Padre, necesito hablarte! — Dijo la chica, quien se veía realmente agotada.

Había corrido del granero hasta el castillo, sin importarle realmente quien la viera o no. Lo que había pasado era terrible, y esta vez, lo había generado con toda la intención. En otros episodios había sido totalmente accidental, pero ahora se sentía culpable, y lo que podría desencadenar todo esto era muy grave.

Lucius se dio a la tarea de definir absolutamente todo lo que había pasado en el pasado, todo lo que había ocurrido y como había sido prestada. Aquella dosis de realidad que había sido arrojado en la cara de Astrid, no había sido fácil de procesar, pero no podía ser de otra forma, tenía que estar preparada para lo peor, en cualquier caso. Ser la hija del diablo, era algo que ni siquiera ella podía comprender el alcance que podía tener, pero simplemente debía continuar con su vida normal, aunque esta vez, se aislaría un poco más, ya que sabía que podía hacer un grave daño a todos.

Lucius, al ver como su hija se había opacado gradualmente con el paso de los días, no había podido soportar tal nivel de presión. El rey finalmente había decidido quitarse la vida, ya que, había sufrido demasiado y simplemente había tomado las decisiones incorrectas.

Cierta mañana, fue encontrado ahorcado en uno de los árboles del reino, sus propias guardias tomarían su cuerpo y lo bajarían de una de las ramas de un frondoso árbol de cerezo. Esto, automáticamente generaría cambios drásticos en el reino, ya que, la única heredera era Astrid, pero algo estaba maquinándose en el mundo oscuro, ya que, el diablo tenía intereses específicos y todo estaba saliendo tal y como se había planeado.

## II

### El contrato del diablo

Todas las responsabilidades que habían caído sobre Astrid de la noche a la mañana, la habían sumido en un estado de tensión constante. Convertirse en la reina, no sería posible si no encontraba un rey pronto. Para esto, había un plan estructurando se va a sus espaldas, lo que le garantizaría el futuro a su pueblo y a su familia. Aún no había podido superar la muerte de su padre, el cual había sido uno de los golpes más duros para su madre y para ella.

No importaba los errores que hubiese cometido este hombre durante sus decisiones, lo cierto era, que le hacía una falta tremenda, y la estabilidad que había alcanzado el pueblo Durante los últimos años, se estaba tambaleando de un lado al otro de una manera inestable, ya que, era completamente incierto el futuro que le esperaba a aquellas tierras. La forma en que había gobernado aquel rey, había comenzado mejorar significativamente desde nacimiento de Astrid. Ahora, toda la responsabilidad reposando sobre su espalda, la colocan en una posición realmente complicada.

Cualquier error que cometa, no sólo afectará su vida, sino la de cientos de habitantes que confían en su criterio. No puede gobernar completamente sola, debe estar acompañada de un rey, como lo establece las leyes, por lo que, se encuentra en uno de los peores inconvenientes que ha tenido que afrontar jamás. Conoce su maldición, sabe que su sangre está contaminada con el ADN del propio diablo, por lo que, arriesgarse a tener una pareja aleatoria del pueblo, básicamente convertiría en víctima a este desafortunado que se juntara con Astrid.

Es una chica que enamoraría a cualquiera, sus encantos, su inteligencia y su picardía, harían perder a cualquiera entre esos cabellos amarillos rizados que adornan su rostro. Es perfecta, pero la sangre que lleva corriendo por sus venas la condena a un futuro incierto lleno de desolación y desesperación. Pero, aunque creía que todo estaba perdido, una noche, mientras la chica observaba las estrellas asomada en su balcón, sintió una presencia realmente fuerte, luego de sentir una leve brisa acariciando su rostro.

— Cada vez estás más hermosa, hija. — Dijo el demonio.

La voz de este hombre, asustó terriblemente a Astrid, quien pensaba que

estaba completamente sola en aquel lugar. Según las palabras de su padre, sabía que tarde o temprano esta criatura del inframundo, llegaría directamente hasta ella y se reuniría para tener una conversación donde posiblemente intentaría manipularla. El rey había sido claro con Astrid, le había pedido que fuese fuerte de corazón, ya que, él había cometido el error de sucumbir ante la desesperación y había llevado su familia a la desgracia.

Tenía una sola cosa que agradecerle al diablo, y era el hecho de que le hubiese proporcionado la posibilidad de ver nacer a Astrid. Aquella niña se había convertido en toda una mujer, y a lo largo de toda su vida, se había hecho una mujer sólida, fuerte y decidida. El hecho de tener que haber afrontado todas esas pruebas durante su crecimiento, habían forjado una personalidad única, convirtiéndose en una de las mejores lecciones que había tenido la oportunidad de vivir el rey.

— Siempre supe que vendrías, pero nunca estuve preparada.

— Como sabrás, mi presencia aquí no es en vano. He venido a conversar contigo y aclarar nuestro acuerdo.

— No tengo nada de qué hablar. Sé cuáles son tus intenciones de destruir por completo este reino y no voy a permitirlo. — Aseguró la chica mientras se posaba frente a él con mucha firmeza.

— Definitivamente llevas mi sangre en tus venas. Puedo ver la decisión, tu poder, eso me gusta. Es exactamente lo que estaba buscando.

Astrid sentía unas ganas increíbles de poder utilizar sus poderes para controlar aquella situación. Quería eliminarlo, pero sabía que aquella criatura con forma humana era mucho más poderosa de lo que ella podía llegar a imaginar.

No podía retarlo, y entre las cosas que le había dicho su padre era que se mantuviese firme y no mostrara miedo. Pero ante la presencia del diablo, era muy difícil que Astrid se mantuviese completamente centrada. Sus nervios habían hecho que sus manos comenzaran a sudar, y aunque no quisiera aceptarlo, estaba en presencia de su propio padre.

Ni siquiera su madre había sabido acerca de esta gestación, la mujer había vivido toda su vida pensando en que el rey finalmente le había proporcionado un hijo. Sería un duro golpe para esta mujer enterarse de esta cruda realidad de que en su vientre había llevado durante nueve meses el hijo del demonio.



Astrid, se había convertido una mujer de bien, pero en su interior llevaba la maldad y el poder que le había sido otorgado por este ser. Era una bruja de sangre, por lo que, haciendo uso del potencial de esta chica combinado con su carta maestra, el diablo podría tener control de este territorio y comenzar a dominar otras tierras progresivamente.

— No he venido a negociar contigo. Simplemente vengo a comunicarte que es el tiempo de que contraigas matrimonio con Abel, el rey del Reino de Cristal.

— He escuchado hablar de esas tierras, y lo que sé es que ese hombre es un hechicero cruel y despiadado. ¿Realmente deseas que tu propia hija se case con este hombre?

— Por supuesto, él también es parte de mí. — Aseguró el demonio.

Había una clara sonrisa en su rostro, una satisfacción que le proporcionaba el control y la manipulación. El diablo estaba acostumbrado a ganar, por lo que, siempre terminaba con sus objetivos cumplidos. En todas las veces que había fracasado y había sido encerrado en un sueño profundo durante décadas, había sido por la intervención divina. La fe y la creencia en los dioses, podría contrarrestar enormemente el mal generado por este ser, pero por ahora, había mucha desolación y los dioses habían perdido relevancia en aquel reino.

El poder que irradiaba Abel, el hechicero oscuro del Reino de Cristal, era algo descomunal, y éste, también llevaba en su ADN la sangre del demonio. Había llevado a cabo hechos atroces en el pasado, algo que no podría definirse como humano. Esto le había permitido ganar respeto, miedo y temor por parte de los habitantes del mundo.

Su nombre había recorrido en el viento durante bastante tiempo, y todos tenían ante la posibilidad de que se apareciera este Hechicero en cualquier reino aleatorio e intentar a dominarlo. Para poder terminar de escuchar sus planes, el diablo necesitaba que Abel contrajera matrimonio con Astrid, pero esta, estaba completamente negada a esta idea.

— Deberás convertirte en su esposa para que unamos fuerzas. Ambos tienen un poder increíble, y estoy seguro de que cuando aprendas a dominar tu potencial, seremos invencibles.

— No voy a trabajar para ti. No hay nada que puedas hacer que pueda llevarme a cambiar de opinión. — Aseguró Astrid, mientras le daba la espalda al diablo.

— Debes tener cuidado con tus palabras. Soy tu padre y me debes respeto y obediencia. Creo que podría hacerte cambiar de opinión muy pronto.

Justo un segundo más tarde, Astrid voltearía rápidamente para encontrarse nuevamente con aquel rostro, pero sólo sintió como aquella presencia se había desvanecido frente a ella. Aquel tono amenazante que había utilizado el diablo para dirigirse a ella, le había generado cierta preocupación, ya que, no sabía que podía esperar por parte de aquel sujeto. Era su padre, y sabía que quizá no le haría daño a ella, pero no sabía qué decisiones podría tomar que pudiesen perjudicar a su madre o al pueblo.

Aquel demonio podía ver muy en el interior del espíritu de las personas, y sabiendo que la chica tenía un amor muy profundo por su tierra, comenzaría a atacar por este ángulo. La hambruna comenzó apoderarse paulatinamente de aquel lugar, las cosechas comenzaron a secarse cuando estaban en su mejor momento, lo que no les dio la oportunidad a los agricultores de recoger los frutos y los alimentos.

Una peste comenzó a atacar a los habitantes, generando una tos seca, que luego de algunas semanas, se convertía en un desenlace letal. Muchos de ellos terminaban escupiendo sangre, la cual provenía directamente de sus pulmones, por lo que, todos comenzaron a creer que el propio aire estaba envenenado.

Hasta los animales de aquel reino, habían comenzado a sufrir los daños generados por el diablo, quien había sembrado una semilla del mal en aquel lugar, sumiéndolos en la desgracia de una forma lenta y dolorosa. En parte, Astrid sospechaba acerca de cuáles eran las razones por las cuales habían generado estas consecuencias, pero se mantenía sólida y decidida ante la idea de no sucumbir ante los deseos del diablo.

Este hombre seguramente haría cosas peores una vez que consiguiera sus objetivos, por lo que, mientras pudiese mantenerse sólida y negada a la idea de obedecer, al menos tendría una esperanza. Habían transcurrido meses desde la visita de aquella criatura, y aunque sentía algo de expectativa, el miedo comenzó a desaparecer.

Pero a medida que el miedo desaparecía del corazón de Astrid, comenzaba a ser sustituido por tristeza y desolación debido al hecho de que muchas personas cercanas a ella y amigos de la familia, comenzaron a morir sin ningún remedio debido a la peste.

La presión por parte del demonio, había comenzado a crecer significativamente, y cada vez la peste arreciaba mucho más. Como si no hubiese sido suficiente, aquel ser maquiavélico había llevado a cabo un último golpe, el cual sería la estocada final para hacer sucumbir a Astrid ante sus deseos. Ante la ausencia de alimentos, una enfermedad que estaba matando a gran parte del pueblo y la incapacidad de poder resolver esta situación, finalmente la sequía llegaría a estas tierras, y ante la ausencia de agua, básicamente no había nada que hacer.

Si no morían de hambre, morirían por la enfermedad, y si eran tan afortunados como para salvarse de estos dos destinos nefastos, irremediablemente morirían deshidratados. Astrid se había quedado sin opciones, pero aún resistía, y después de casi dos años de su enfrentamiento contra el diablo, estaba a punto de quebrarse.

La madre de Astrid era testigo de los grandes niveles de desesperación que había experimentado esta chica. Pero a pesar de esto, aquella mujer había sido un elemento de gran importancia en medio de una situación como esta, ya que, le había dado todo el apoyo posible, guiándola minuciosamente acerca de cuáles eran las decisiones que debían tomar.

Resultaba muy curioso que tanto ella como su hija se prestaban como voluntarias para curar a los enfermos y tratar de proporcionarle algo de alimento de las reservas a que ellos sobrevivientes. Pero estas no contraían la enfermedad, y este quizá era uno de los peores miedos de Astrid, ya que, si su madre enfermaba, irremediablemente tendría que invocar a su padre biológico para poder cerrar un trato y salvar la vida de su madre.

Aquellos dos años habían estado llenos de pena, dolor, tortura y muerte, un periodo de desolación como el que nunca antes se había vivido en estas tierras. Pero finalmente, al ver como el sol se ocultaba en el ocaso de una tarde de domingo, aquella chica había tomado la decisión de reunirse nuevamente con su verdadero padre.

— ¡Ya no resisto más, está bien, haré lo que me pidas! — Dijo la chica mientras observaba el ardiente sol.

— De nuevo, una suave brisa acarició su rostro, parecía ser bastante sutil, y por alguna razón, esto le agradó a Astrid.

— Es lamentable que haya tenido que pasar todo este tiempo para que

aceptaras. Entiendo perfectamente que tienes un corazón bastante fuerte y un espíritu indomable. Pero, vaya, ¿todas esas muertes? no eran necesarias.

— Deja de torturarme y manipularme, Sé perfectamente que, si accedo a tus órdenes, los resultados serán peores. Pero no tengo opción, no puedo soportar más muertes en este lugar.

— ¿Entonces tenemos un trato? ¿Te casarás con Abel cuando yo lo decida? — Preguntó el demonio mientras prácticamente cavaba en el alma de aquella chica.

— No tengo más opciones. Sólo detén esta locura que has generado en el pueblo. No asesines a más nadie y regresa todo a la normalidad.

— ¿Qué te hace pensar que todo este caos lo he generado yo? ¿Cómo sabes que no has sido tú misma ante la imposibilidad de controlar tus miedos?

Su fuerte habilidad de manipulación y control, era realmente temible, ya que, no necesitaba hacer uso de la violencia o el poder para poder llevar a las personas hacia niveles bastante graves de desesperación. Pero Astrid, en medio de su naturaleza, la cual estaba definida por llevar la sangre de aquellas criaturas, la silla ser un poco inmune a estos hechos.

Simplemente quería ver a su pueblo renacer, superar esta crisis tan terrible, y aunque el futuro posiblemente le deparaba algo muchísimo más grave, buscaría la manera para poder compensar el daño que estaba a punto de proporcionarle a su pueblo.

Allí vivían dulces niños con los que había compartido durante las festividades, habitaba su madre, buenos amigos, y todo el logro del esfuerzo de su padre, el cual le había costado una gran cantidad de tiempo y trabajo. De nada servía el dinero en medio de una situación como esta, ya que, todos parecían haberle dado la espalda al reino. Astrid, después de estrechar la mano del demonio, finalmente había cerrado un trato que la llevaría a conocer el lado más oscuro de este demonio.

El diablo mismo había preparado a Abel, este, había sido realmente débil, y había condiciones que había tenido que atravesar que habían llevado a ser el súbdito más poderoso del diablo.

De la misma forma en que había manipulado Astrid, este hombre había trabajado progresivamente el espíritu de aquel guerrero, quien había nacido en una familia realmente poderosa. Este demonio había sabido jugar las cartas de

manera precisa, su estrategia estaba definida por el objetivo de controlar y dominar el planeta entero, pero debía comenzar por los representantes del poder más prominentes y prometedores del mundo.

Astrid lamentaba enormemente haber sucumbido ante los deseos del diablo, pero no hay solución próxima. En los próximos días, comenzarían a florecer nuevamente los cultivos, la sequía se vería contrarrestada por una lluvia frecuente, la cual devolvería las esperanzas al pueblo.

Esto no borraría todo el sufrimiento que se había generado debido a la gran cantidad de muertes que se habían sufrido en aquel lugar, pero al menos, era una esperanza y una luz al final del túnel, pero lo más grave de todo esto, era que el túnel apenas comenzaba a recorrerse.

El mundo no estaba preparado para afrontar períodos tan difíciles, ya que, el propio diablo caminaba por la tierra, utilizando sus estrategias y poderes para manipular y controlar a sus habitantes. No sólo Astrid y Abel habían sido víctimas de este hombre, ya que, durante siglos, en muchas oportunidades habían nacido líderes que habían sucumbido ante la desesperación y terminaron obedeciendo las órdenes del nefasto ser.

Estas eran las principales consecuencias de haber abandonado a los dioses e ignorar las oraciones, quedando completamente a merced de los designios de un ser maligno que era capaz de consumir el alma de aquellos que permitían entrada a sus vidas.

El trato finalmente estaba cerrado, y la visita de Abel estaba programada para muy pronto. Cuando finalmente, después de algunos meses, Astrid comenzó a ver cómo su reino se recuperaba, recibió una visita inesperada de una caravana proveniente del Reino de Cristal. Soldados armados se posaron justo frente a las puertas de aquel reino, y a pesar de que la chica estaba tentada a rechazar aquella visita, no tenía más opción.

Si violaba el trato, las consecuencias serían realmente graves, y posiblemente, el episodio de la sequía y la peste, quedaría como un juego de niños en relación a lo que estaría dispuesto a ser el diablo si se le traicionaba. Un carruaje ingreso al reino por orden de Astrid, y cuando aquel rey descendió del vehículo, pudo encontrarse con algo bastante curioso que le generó un impacto significativo.

— Es un placer conocerte Astrid. He venido de muy lejos con objetivos

claros. Aquí me tienes. — Dijo Abel.

El hombre hizo una reverencia ante la belleza de aquella mujer, la cual estaba completamente impactada al no esperar lo que frente a sus ojos se posaba. Nunca había recibido una descripción física de Abel, pero lo que observaba, iba en contra de cualquier sospecha o suposición que tuviese. Abel cubrían su rostro con una máscara de acero, y esta parecía estar fijada su cabeza desde la parte trasera.

No se trataba de una protección, no se trataba de un casco habitual, era una especie de máscara perenne que cubría la totalidad del rostro, contando con dos orificios para mostrar sus ojos, un par de orificios para respirar y dos pequeñas ranuras para que se escuchara su voz de manera clara. La simple imagen del hechicero vestido completamente de negro, su cabello largo amarillo hasta los hombros y la máscara de acero cubriendo su rostro era completamente escalofriante para Astrid.

Había tratado de ser tan cordial como era posible, dando órdenes claras de que se preparara el festín más impresionante que en aquel reino se hubiese dado jamás. Esto le daría clara señales al rey Abel, de que las intenciones de aquella chica no eran en iniciar una contienda o una confrontación en su contra.

Entendía perfectamente que la voluntad de ambos estaba sometida a las decisiones del diablo, por lo que, confrontarse sería. Pero realmente lo que había detrás de todo esto, era un profundo miedo que emanaba del corazón de Astrid, ya que, a pesar de que no podía ver la totalidad del rostro de este sujeto, podía sentir la gran cantidad de odio e ira emanaba de su ser.

Era una energía inexplicable que no podía medir ni podía entender de dónde emanaba, pero lo cierto es que existía, y si Abel era capaz de derramar toda esa violencia que manaba sobre el pueblo de Astrid, estarían todos perdidos. Ya era suficiente con un solo enemigo, por lo que, lo último que necesitan en medio de una situación como esta, es sumar otro adverso. Abel había ingresado al castillo, y había cruzado muy pocas palabras con la chica, pues esta no encontraba ninguna forma de entablar una conversación con este caballero.

Abel era un hombre observador, por lo que, simplemente detallaba cada gesto, cada movimiento, cada palabra y cada actitud de la chica, ya que, había sido inevitable quedar completamente embelesado con la belleza y cordialidad de

la joven.

Se notaba que, a pesar de tener cierta naturaleza oscura en su ser, era una chica de buenos sentimientos que había sido gestada en un vientre lleno de amor y cuidados. A pesar de que la sangre del diablo corría por sus venas convirtiéndola en una bruja de sangre, parte de la bondad y el amor que había proporcionado la madre de la chica, había neutralizado toda esta maldad.

Pero había poderes latentes, los cuales aflorarían tarde o temprano, por lo que, negarse ante la posibilidad de que esto fuese real, sería inútil. Abel se hospedaría algunos días en aquel lugar, pero los designios del diablo eran que Astrid viajara con él hacia el reino de cristal, y sería allí donde contraería matrimonio cuando el demonio lo indicará.

### III

#### El castigo del rebelde

A pesar de que era conocido en diferentes partes del mundo como un déspota y desalmado, Abel simplemente había sido lo que habían hecho de él. Tal y como lo había hecho Astrid, había crecido en un seno familiar normal y estable hasta el momento en que las llamas del infierno habían calcinado absolutamente todo por lo que había luchado. Desde muy joven, Abel se había caracterizado por ser un hombre fuerte y con habilidades de pelea que despertaban la envidia de otros soldados del reino.

El hecho de que fuese el hijo del rey, era un argumento lo suficientemente válido para poder afirmar que aquel joven llevaba la sangre de un gran peleador. Su padre siempre se había caracterizado por salir victorioso en una gran cantidad de batallas, por lo que, ser el hijo de aquel líder, lo había convertido en un sinónimo de potencia.

Tarde o temprano, este joven guerrero que hacía alarde de habilidades impresionantes, tomaría el poder y llevaría al reino por un camino de esperanza y crecimiento, pero lo que no sabían era toda la historia que había detrás de este joven.

Al igual que Astrid, este joven chico había experimentado una gran cantidad de situaciones irregulares en las cuales no sabía cómo reaccionar. Había intentado enamorarse en un par de ocasiones, pero esto había generado la muerte de dos princesas.

Muy pronto comenzó a correrse el rumor de que este príncipe tenía una maldición, y, por ende, las mujeres comenzaron a alejarse rápidamente de él. No había sido posible vincularse sentimentalmente con absolutamente nadie, por lo que, la soledad formaba gran parte de la vida de Abel.

Este vacío no podía ser llenado con absolutamente nada, la desesperación lo consumía, y drenaba parte de su frustración con las batallas, utilizando su espada, y utilizaba algunos soldados para su entrenamiento.

Pero, a pesar de que era un joven con un futuro prometedor, poco a poco su corazón se fue oscureciendo. La ausencia del amor era determinante, e iba allanando el terreno para que no futuro, cuando su creador llegara para reclamar lo que por derecho le pertenecía, ya gran parte de la maldad hubiese



invadido el corazón de Abel.

Alfonso siempre fue un rey admirado, pero al igual que el padre de Astrid, había sido víctima de una gran cantidad de sufrimiento. De esta forma, fue dirigido hacia las manos del diablo, pero esta oportunidad, no había sido él quien lo había invocado, sino todo lo contrario, envía sido el propio demonio que lo había escogido a él para solos planes.

Gestados casi con meses de diferencia, Abel y Astrid estaban conectados de una manera bastante particular, ambos habían sido gestados por el mismo ser, aunque con la condición de que el demonio había influido sobre dos personas completamente diferentes.

En el caso de Astrid, este ser demoniaco y malévolo, había modificado el plan y había fertilizado a la madre de la chica, mientras que, en este caso la fertilidad era del padre, y quien no podía gestar un bebé era la reina. Esta, con una atrofia en sus ovarios, tenía la imposibilidad de quedar embarazada, por lo que, sabiendo cuál era la condición en la que se encontraba la pareja real, el diablo ofreció una solución.

En esta oportunidad, interactuaba con un hombre mucho más serio y correcto, como lo era Alfonso, ofreciendo un trato bastante válido. Este rey no estaba preparado para ser padre, pero sabía que su esposa también quería tener un hijo, y si las cosas salen bien para el demonio, todo comenzaría a caminar directamente hacia el éxito.

— Identifícate, ¿quién eres? — Preguntó el rey mientras caminaba por los jardines de su reino.

— Cálmate, baja esa espada. No será necesario que la utilizas conmigo. — Aseguró el diablo.

— No te he visto jamás en estos territorios. ¿De dónde vienes? — Preguntó Alfonso.

— He venido a proponerte algo muy interesante que puede beneficiarnos a ambos. Pero no puedo hablar contigo mientras me apuntas con esa espada, es de mala educación.

Este hombre no parecía nada temeroso ante la posición amenazante que había tomado el rey Alfonso, por lo que, este decidió bajar su arma y escuchar lo que tenía que decir. Era el peor error que había cometido, ya que, en caso de que el rey hubiese preferido obviar esta aparición, el diablo no podía

obligarlo a entrar en una negociación. Esta era la condición que protegía al inocente, pero putos caían en la selección de las propuestas de este ser malévolo, quien estaba diseñado única exclusivamente para manipular y conseguir todo el beneficio posible con palabras.

— Un reino tan hermoso como este merece ser heredado por alguien que tenga tu sangre. Odiarías el hecho de que te arrebatan el trono cuando no tengas descendencia.

— No sé a dónde quieres llegar con esta conversación. Pero te recomiendo que seas breve o llamaré a los guardias para que se encarguen de ti.

— ¿Alguna vez soñaste con tener tanto poder que no sabrías qué hacer con él? Un reino es una responsabilidad y un potencial muy grande dominación, pero, ¿te imaginas gobernar el mundo entero? — Dijo el diablo.

— ¿Quién eres y de dónde vienes? ¿Por qué hablas de esa manera tan sofisticada y con ese acento tan particular?

— Si miras bien dentro de mis ojos, verás quién soy. — Dijo el demonio mientras se acercaba abruptamente Alfonso.

El rey tuvo la posibilidad de ver una gran cantidad de personas lamentándose, escuchaba gritos, llantos, quejidos, y todo lo que pudo ver dentro de los ojos de aquel hombre eran llamas y lava ardiente. Ser sorprendido de una manera tal, que perdió la estabilidad y cayó al suelo. Estaba muy asustado, y había tenido por primera vez su encuentro con uno de los seres más poderosos del inframundo. El propio diablo había llegado a la tierra para hacer de las suyas, y había sido Alfonso el elegido para poder llevar a cabo su maléfico plan.

— No quiero nada que provenga de ti. Te agradezco que te vayas ahora mismo de mi reino.

— Piénsalo muy bien, un hijo representaría la posibilidad de afianzar tu mandato, y nadie podrá acabar contigo jamás. — Dijo el demonio antes de caminar hacia el bosque.

Pero antes de que desapareciera, el rey hizo un llamado, ante lo que, el rostro del demonio cambió abruptamente. Sabía que había mordido el anzuelo, y su plan posiblemente estaría en camino una vez más. Las intenciones del diablo nunca habían sido beneficiar a absolutamente nadie, el único que podía tener crédito y sacar un buen partido de cada situación era él mismo. Poco le importaba proporcionarle poder y riquezas a un simple humano, pero este era

el método principal utilizado por este sujeto para poder manipular y llevarlos a un lugar de su mente donde pudiera dominarlos y controlarlos.

La forma en que se había comunicado aquel maléfico ser con el rey Alfonso, había sido bastante fluida, y al haberle dado la oportunidad de entrar en su mente y en su vida, había cometido un patético error. El diablo fue escalando cada vez más en su alma, explorando sus miedos y debilidades, encontrando, que su deseo más fuerte era convertirse en padre, pero más fuerte era el hecho de tener poder.

Tal y como había ocurrido con el padre de Astrid, así mismo había actuado con Alfonso, llegando a un acuerdo donde podría proporcionarle la fertilidad a su mujer, y así podría tener la posibilidad de tener un hijo varón. No podía quedarse con una sola alternativa, y ante el desconocimiento del sexo del niño que se había gestado en el vientre de Diana, tenía que jugar con las probabilidades y actuar en favor del rey.

Tal y como había ocurrido en el reino vecino, en el reino de cristal había nacido un nuevo bebé. En esta oportunidad, había sido varón, por lo que, el regocijo de su padre, tanto el biológico como el putativo, había sido magnífico. Ahora sus planes tendrían todo el sentido, ya que, al conocer que aquella niña hermosa que había nacido del vientre de Diana no podría convertirlo en el hombre más poderoso, al menos Abel, como lo habían llamado, le daría la posibilidad de lograrlo.

Aquel joven había sido entrenado con los mejores peleadores del reino, educado con minucioso detalle, proporcionándole los mejores equipos y los mejores caballos. Era un niño privilegiado, y tal y como lo había prometido el diablo, el poder de Alfonso se magnificó de una manera masiva. Pero esto comenzaría a enloquecerlo, haciendo que perdiera el control progresivamente, algo para lo que no estaba preparado. Un simple hombre no debía tener tanto control en sus manos, por lo que, la cordura, la conciencia y el razonamiento, cada vez estaban más en ausencia en la mente de este sujeto.

El reino de cristal se estaba convirtiendo en uno de los más peligrosos, ya que, a medida que ganaba poderes y presencia en otros territorios, la amenaza y el miedo se expandía por el mundo. Abel había crecido en este contexto, y ante la imposibilidad de cambiar la mentalidad de su padre, simplemente debía seguir sus parámetros y mandatos. Desde los 12 años, era un prodigio con la espada, pero lo más impresionante eran los poderes que de forma oculta había

desarrollado, y los cuales había mantenido en secreto ya que de cualquier otro modo lo habrían tratado como un fenómeno.

Durante las madrugadas, solía escaparse al bosque, y allí, en la soledad de la noche, comenzaba a practicar sus habilidades, tenía el poder de controlar el fuego con sus manos, desaparecer, convertir objetos sólidos en cenizas, unos poderes que poco a poco se fueron estabilizando y ganaron fuerza con la práctica. A pesar de que con 18 años de edad ya era capaz de tomar sus propias decisiones, no era capaz de retar a su padre, pero ya era el momento de conseguirlo.

Esta era la alternativa ideal del diablo, ya que, si lograba vincular a este sujeto con la chica, fácilmente conseguiría la unión de dos poderes masivos que pondrían bajo su control a una gran cantidad de personas. Él no podría revelarse como el diablo, como el ser supremo del inframundo, tenía que utilizar marionetas, ya que, de esta forma, no podían juzgarlo a él directamente. En medio de todo esto, los seres humanos contaban con cierta autonomía y el libre albedrío. Esta condición, les permitía realizar actos atroces y nefastos, pero siempre bajo la sombra del demonio.

Las ansias de dominación, nunca desaparecieron del corazón del demonio, por lo que, cuando el joven Abel cumplió la mayoría de edad, su aparición en el bosque le había dejado absolutamente clara toda la verdad hábil, quien había descubierto que la verdadera razón por la cual existía era el diablo. A él le debía la vida, y a pesar de que esto le generó un profundo dolor en el corazón, tenía que ofrecerle su lealtad y agradecimiento. Fueron días realmente confusos para el príncipe, ya que, esto implicaba un grave peligro, al asociarse directamente con el poder oscuro y malvado del demonio, pondría en riesgo todo lo que conocía y todo lo que amaba.

Los planes de contraer matrimonio con la princesa de un reino vecino fueron narrados directamente por el diablo, y aunque aquel joven desconocía totalmente la existencia de aquella chica, tenía que acceder, pero para que esto ocurriera, debía hacer un acto nefasto que los sometería a una dura prueba para determinar si era alguien de la confianza del diablo o no.

— Lo que dices es imposible, no puedo asesinar a mi propio padre. —  
Exclamó Abel tras escuchar las horribles palabras que había dicho el diablo.

— Tu padre te ha mentado toda la vida y nunca te reveló mi existencia. Soy tan parte de ti como él, por lo que, tienes que asesinarlo para que asciendas al

trono.

— ¡Pero será traición! ¡Me colgarán por eso!

— No puede ser una traición si lo haces ver como que lo hizo el mismo. Puedo ayudarte si lo deseas.

— No puedo asesinar a mi padre. No lo haré, y ahora desaparece, no puedo con esto.

— Me encantaría dejarte más opciones a elegir, pero la verdad es que no es una sugerencia, es una orden.

— No tengo porque obedecerte. Será mejor que te vayas o lo lamentarás.

— Conozco tus poderes, conozco lo que puedes hacer y todo el potencial de tus habilidades, por lo que, creo que será completamente absurdo que intentes cualquier cosa en mi contra. Si quieres descubrirlo, inténtalo.

De las manos de Abel, surgieron dos grandes llamaradas que iluminaron el cielo, y automáticamente fueron lanzadas contra el demonio. Tal y como este lo había asegurado, estas no le hicieron ningún daño. La mirada estupefacta de Abel se quedó clavada en los ojos de aquel sujeto, quien estaba convertido en una gran bola de fuego y no sufría daño. Comenzó a caminar directamente hacia el joven, y colocando su mano en su frente, le hizo ver todo el sufrimiento que podía experimentar su madre si no obedecía a sus órdenes.

Si había algo que definía el amor verdadero en la vida de Abel era su madre, por lo que, no estaba dispuesto a hacerla sufrir, así que, a pesar de que también amaba a su padre, tendría que obedecer las órdenes del diablo.

— Haré lo que me pidas, pero por favor no le hagas daño a mi madre. — Imploró el joven mientras caía de rodillas frente al demonio.

— Esas son exactamente las palabras que quería escuchar. Ahora ponte de pie y ve a hacer tu trabajo, tenemos cosas que hacer.

No había una fecha límite, y tampoco había porque darse prisa, pero Abel tenía el tiempo contado. Era un momento de ir a su habitación y comenzar a preparar el plan que trazaría para poder llevar a cabo el asesinato de su padre y que este pareciera tan inesperado y casual, que nadie sospechara de él. Lo primero que le vino a la mente, fue en el envenenamiento, un método que sería imperceptible, por lo que, pidió ayuda al diablo, quien le proporcionó información específica acerca de las plantas que debía combinar y el veneno

de serpiente, lo que haría que aquel hombre muriera gradualmente cada noche sin darse cuenta.

Los meses comenzaron a transcurrir, y a medida que Alfonso ingería el veneno, su cuerpo por dentro comenzó a descomponerse lentamente. Le esperaba una muerte dolorosa y en una cama, pero después de su fallecimiento, vendría la etapa de ascenso de Abel, quien podría tomar el trono y dirigirlo sin ningún inconveniente. Después de un largo proceso, finalmente el día en que Alfonso había dejado de respirar había llegado, y ante un mar de lágrimas de su esposa y su hijo, finalmente había cumplido con la misión.

Abel no podría perdonarse esto jamás.

— La vida de tu madre está en juego, recuérdalo cada vez que intentes retarme. — Dijo el diablo aquella noche después de una larga discusión.

Abel estaba dispuesto a dejar a un lado todos los planes que habían sido establecidos por el malévolo ser, pero este, cada vez que le mostraba el destino de aquella mujer, hacía sucumbir al joven príncipe, quien ahora debía asumir el trono, sufriendo la peor vergüenza jamás experimentada y un odio tremendo hacia el diablo. Pero tal y como lo había hecho con su padre, también había tratado de traicionar al diablo, y en una de sus sesiones de entrenamiento llevadas a cabo en el bosque durante la noche, había intentado atacarlo de forma inesperada.

El demonio, conociendo tal nivel de traición e ingratitud por parte de Abel, quemó el rostro del joven, desfigurándole la mitad de la cara de manera inmediata. Esto generaría una lección en el joven, destruyendo y quebrantando su espíritu para convertirlo para siempre en su súbdito. Asumir el trono, sería el nuevo rey del reino de cristal, pero ante tal nivel de vergüenza, se había fabricado él mismo una máscara elaborada en acero, la cual no se quitaría si no sólo para dormir. Nadie tenía una explicación clara de porque el príncipe había tomado esta decisión.

Los cabellos rubios de aquel hermoso joven, comenzaron a crecer, y se convirtieron en parte de este aspecto sombrío que mostraba Abel. Dedicó a gobernar aquel mortífero reino, el cual invadía y dominaba a otros territorios con la única intención de expandir el miedo. Pero una noche, de manera inesperada, recibía órdenes precisas por parte del diablo, quien le ordenaría que viajara al reino de Konin.

Allí se encontraría con su futura esposa, y sin hacer mayores preguntas o cuestionar nada de lo que dictaminar el diablo, llevarían a cabo los planes para convertirse en el la fusión de los reinos más poderosa que jamás hubiese surgido en la tierra. Se trataba de dos brujos, seres con poderes sobrenaturales que podían dominar la tierra y hacer su voluntad sin que nadie pudiese oponerse a ellos.

El primer encuentro entre ellos había sido bastante curioso, y generaba cierta expectativa en la chica, pero la intimidación y el miedo, son inevitables. El aspecto de Abel es oscuro, y se puede respirar la maldad en su interior.

Pero los planes están escritos con mucha claridad por parte del diablo, y la boda debe realizarse lo más pronto posible, de lo contrario, se exponen a una intervención. Pero justo la noche antes de la boda, Astrid había roto con el acuerdo, y tras intentar escapar, produce uno de los peores incendios que se hubiesen visto en aquel reino. Las casas se incendiaban, los bosques ardían, y absolutamente nadie podría explicarse qué era lo que estaba ocurriendo. Las llamas parecían haberse generado de la nada, y mientras muchos morían asfixiados, otros intentaban huir, pero eran alcanzados por el ardiente fuego que se expandía con rapidez.

Abel fue testigo desde el castillo principal de esta matanza, y ante la imposibilidad de poder contener toda la violencia que manaba del poder del diablo, su única solución era encontrar nuevamente a Astrid. No existe una relación o vínculo entre ellos aún, y tampoco está muy claro de cómo hacer para que esté segura, su personalidad no le permitirá fluir de manera adecuada hacia este objetivo, pero no tiene más opción, mientras Astrid se encuentre ausente de aquel pueblo, más personas seguirán muriendo, y esto no lo puede permitir.

Después de todo, su corazón no se ha oscurecido totalmente, y continúa preocupándose por el bienestar de algunos de los inocentes. Tomando su caballo medio de la noche, Abel había salido cabalgando hacia el bosque, ya que sabía que Astrid no había podido ir muy lejos.

## IV

### Alianza peligrosa

Ya mucha sangre había corrido por responsabilidad de Abel, ya sus manos estaban manchadas de una gran cantidad de sangre de inocentes, los cuales habían sido víctimas de las órdenes que había dado directamente el amo y señor de este rey. Había llevado el miedo a lo largo de múltiples territorios, y esto, había comenzado a abrumar al joven. Este rey, había tenido que afrontar pruebas inesperadas para las cuales un ser humano común y corriente no estaba listo.

Tener que asesinar a su propio padre y evitar que su pueblo fuera devastado, había hecho que se generara un sentimiento de agotamiento en el corazón de este sujeto. Ya no estaba dispuesto a escuchar los órdenes o designios que tuviese el diablo, ya que, quería recuperar su autonomía y libertad. Pero mientras estuviese solo, esto no sería posible, ya que, su poder no podía igualarse al de esta criatura, quien tiene la posibilidad de destruirlo sin demasiado esfuerzo.

Muchas habían sido las noches de insomnio que había sufrido Abel, intentando encontrar un plano que le diera la posibilidad de liberar finalmente a la tierra del mal que vaya generado el diablo. Pero cada una de las esperanzas que surgían repentinamente en su corazón, se ahogaba progresivamente en una realidad que apuntaba hacia un nefasto desenlace. No podía cometer un error, y ya lo había hecho en el pasado intentando traicionar a su padre, y esto, le había dado como consecuencia las graves quemaduras de su rostro.

Estaba cansado de sentir miedo, y este miedo, se transformaba en odio que necesitaba ser liberado tarde o temprano. El rey es un joven maduro y con una clara visión acerca de lo que debe ocurrir en el futuro, por lo que, hace uso de su paciencia y de todas sus cualidades de resistencia para no sucumbir ante la desesperación. Sabe que, si intenta algo desesperado de manera repentina y fallar nuevamente, posiblemente el diablo vaciará toda su furia contra él, para así darle una lección y demostrarle que no es alguien con el que se debe jugar.

Por el momento, su única misión es contraer matrimonio con Astrid, quien se ha mostrado como una chica comprensiva y tranquila, que, a pesar de estar en medio de una situación frustrante, no ha cometido una locura. El hecho de



haber escapado era completamente natural y comprensible, era una situación llena de incertidumbre que amenazaba la paz y la tranquilidad de esta joven. Había escapado sin decir una sola palabra, y se había refugiado en lo más profundo del bosque, y aunque sabía que la encontrarían en cualquier lugar de la tierra, simplemente quería sentir algo de control en medio de toda esta situación.

Para el diablo, era realmente insignificante seguir asesinando a personas inocentes tratando de presionar a Astrid, pero esta, en la distancia, no sabía nada de la tragedia que estaba desarrollándose en sus propias tierras. Cuando decidiera volver, porque lo haría, encontraría un pueblo devastado por su culpa, y ante la gran cantidad de dolor y desolación que experimentaría al ver esta escena, rápidamente sucumbiría ante los deseos del diablo.

Este la amenazaría inmediatamente y le haría saber que se cometía una falta similar, las próximas víctimas serían en todo el mundo. Este malvado personaje se había encargado de sembrar terror durante múltiples periodos de la historia, siendo una imagen que por lo general estaba detrás del poder, oculta en la sombra y moviendo sus hilos para que sus súbditos lleven a cabo atrocidades. Por el momento, Abel debe obedecer, pero tiene un leve sentido de resistencia en su interior que no le permite sucumbir ante una gran cantidad de actos que pretenden ser llevados a cabo por el demonio.

Al ver como una gran cantidad de personas morían injustificadamente en aquellas tierras, Abel tomó la decisión de cabalgar en su caballo directamente hacia el bosque, tenía que encontrarla, y si no lo hacía pronto, para cuando regresaran, no habría pueblo que defender. No había un patrón a seguir y un esquema específico para las muertes, esto era lo más doloroso de toda situación, ya que, el diablo escogía de manera aleatoria, cuales debían ser aquellos que tenían que entregar su vida en sacrificio por el futuro de sus planes.

Habían sido víctimas mujeres, niños, ancianos, por lo que, con cada segundo que Astrid se encontraba alejada de sus tierras, más dolor y desesperación reinaba en aquel lugar. Durante algunos días, Abel se ha encontrado completamente solo en el bosque, haciendo algunas pausas para descansar. Dormía recostado de un árbol, siempre con su espada en la mano, listo para la pelea. Por suerte, no se había encontrado con absolutamente nadie durante su viaje, y el diablo lo había dejado actuar libremente, ya que, sabía que no era tan estúpido como para huir.

El demonio se siente satisfecho de haber moldeado a su voluntad a Abel, quien había tomado la decisión propia de ir a buscar el mismo completamente solo a Astrid, esto generaba claras señales de que su plan iba camino al éxito, pues había leído la atracción que se había despertado en Abel por la joven princesa. El bosque no era un lugar fácil de transitar, ya que, había una gran cantidad de pantanos y arenas movedizas que podían atrapar a los caballos de los guerreros y asesinarlos inevitablemente.

El lugar está plagado de huesos humanos, armamento, armaduras tendidas que quedaron allí para la eternidad mientras los cuerpos de sus portadores se habían descompuesto y vuelto parte del paisaje. Era un lugar escalofriante para moverse, pero de alguna u otra forma, Astrid había encontrado el valor para moverse por allí. Sigue cada rastro, cada huella, algo que pueda indicarle hacia donde se movió la chica, y tiene claras sospechas de hacia dónde pudo haberse ido.

No muy lejos de ese lugar, la región habitada más cercana, era la comarca de los leñadores, un lugar mágico y acogedor, el cual se había convertido en el refugio de aquella chica, ya que, los leñadores eran hombres fuertes, preparados para el combate y muy amables con las mujeres. Aquí no corría el riesgo de que abusaron de ella, estos hombres tenían mucho que deberle al padre de Astrid, por lo que, tras conocer de quién se trataba, la habían recibido con absoluta diplomacia.

Para su llegada, había recibido las mejores comodidades que le podrían proporcionar en aquel lugar, habían logrado percibir todo el miedo que emanaba de esta joven, por lo que, no sabían si realmente lo que venía detrás de ella persiguiéndola, podría representar un peligro para la comarca. Siempre habían sido un reino pacífico, un lugar donde sus habitantes podían disfrutar de una tranquilidad y pacifismo absoluto a toda hora. Todos aquellos que disfrutaban del privilegio de habitar en este lugar, vivían en medio de canciones y música de violines y tambores, algo que generaba un ambiente de festividad constantemente.

Durante los días en que Astrid logró compartir con ellos, aprendió una gran cantidad de artes, intentando mantener su mente ocupada, aunque sabía perfectamente que el diablo no estaría tranquilo hasta recuperarla. Los rumores comenzaron a llegar acerca de una tragedia que estaba azotando el pueblo de Konin, pero esto trataban de ser ocultados a la misma, ya que, en su estado de nervios y desesperación y en la forma que había narrado parte de lo

que había ocurrido, esto podría desencadenarle un daño aún peor.

Pero de manera inevitable, Abel llegaría a este reino, y al entrar en los límites de la comarca de los leñadores, se encontró con sus primeros adversarios.

— No eres bienvenido en estas tierras, identificate. — Dijo uno de los grandes hombres que portaba un hacha en su mano.

— Soy Abel, rey del Reino de Cristal. Vengo en busca de una princesa.

— No hay princesas en este lugar. Da la vuelta y vuelve a tu hogar, forastero.

— Dijo el segundo leñador.

— No pretendo hacerles daño o buscar problemas en este lugar. Sólo he venido pacíficamente en busca de alguien importante para el reino de Konin

Los leñadores sabían perfectamente que este caballero había llegado justo al lugar indicado, pero no podían revelar que aquella chica se encontraba en este espacio, ya que, esto podría traer graves problemas. Eran los responsables de evitar que Abel pudiese seguir avanzando, pero los leñadores desconociendo totalmente el poder que le había sido proporcionado a este rey, quien podía asesinarlos despiadadamente sin ninguna contemplación si se interponían entre sus planes.

Los objetivos en medio de esta misión no están ligados a un sentir egoísta, Abel sabe perfectamente que, si no actúa rápido, el caos va a extenderse rápidamente por todo el mundo. Lo último que quiere es que la muerte y la desolación sea lo único que puede encontrarse en el planeta, algo que el diablo tiene completamente claro y parece que es su objetivo principal.

— No pasarás de este punto. No importa cuál sea tu argumento o misión, no podemos permitirlo. — Gritó el leñador, mientras se ponía en guardia.

Lo menos que podía hacer el rey era proporcionarle una batalla justa, ya que, si hacía uso de sus poderes, estaría en una ventaja considerable. En medio de una situación como esta, simplemente debía bajar de su caballo y luchar con ellos cuerpo a cuerpo para demostrar que era un hombre de honor. La lucha comenzó, y al ver la gran cantidad de poderes y habilidades de Abel, ambos guerreros supieron que aquella pelea no podía ser uno contra uno. De manera inmediata, ambos leñadores se vieron involucrados en una pelea feroz en contra del rey.

Este, a pesar de ser atacado con mucha ferocidad por ambos leñadores,

respondía con mucha rapidez a cada uno de los ataques, defendiéndose de una manera magistral, lo que lo convertía en un adversario realmente difícil de derribar. Ninguno de los dos leñadores podía entender como un hombre con la contextura de este joven de la máscara podía reaccionar de una manera tan tranquila ante los violentos golpes de las hachas contra su espada. Cualquiera habría caído ya al suelo derribado y agotado ante la resistencia de todos los golpes de estas filosas armas que embestían directamente contra la defensa del rey.

Esto le generó una gran curiosidad a los leñadores, quienes veían sus rostros mutuamente y entendían que no podrían ganarle a este rey. La pelea se extendió por más de 30 minutos, y ya parecía que todo era completamente inútil, ya que, ninguno de los dos leñadores había podido generar una sola herida en su adversario.

— ¿Quién eres, y por qué tienes tanto poder? — Preguntó uno de los hombres mientras se desplomaba de rodillas ante el agotamiento.

— No tengo porque darles explicaciones, sólo necesito recuperar a la princesa Astrid, no pretendo hacerle daño a tu pueblo.

El rey intentó avanzar, y pasó a un lado del leñador que se encontraba de rodillas, lo tocó con su mano y al darle una palmada en el hombro, aquel nombre se sintió completamente humillado. El segundo leñador estaba tan agotado que tuvo que sostenerse del tronco de un árbol para poder recuperar el aire, había desgastado una gran parte de su energía en la lucha, y ya no podía continuar más. Esto, le había dado una clara señal de victoria a Abel, quien sonreía lleno de orgullo ante la victoria.

Estaba completamente convencido de que aquellos hombres no continuarían luchando, ya que, al ver el agotamiento en sus rostros, era una clara señal de que no podría levantar su hacha una vez más para atacar. Pero Abel había convertido su orgullo en un arma en su contra, ya que, había subestimado enormemente el espíritu de estos dos sujetos. Cuando pasó justo al lado de uno de ellos, este reunió todas sus fuerzas posibles y atacó directamente con su hacha hacia la espalda de Abel.

Este, completamente desprevenido, sintió el impacto del filoso acero directamente sobre su espalda, la cual quedó incrustada en su cuerpo, mientras este se desplomaba boca abajo directamente hacia el suelo.

— Lo hice, lo derribé. — Celebró el hombre mientras intentaba ponerse de pie.

Había sido una victoria indiscutible, y a pesar de que lo había atacado a traición, su principal misión no era dar una batalla honorable, sino defender la seguridad de aquel pueblo. Abel estaba tendido en el suelo, parecía sin vida, y mientras uno de los leñadores movía su cuerpo para verificar que estuviese muerto, finalmente ambos podrían recuperar el aliento y descansar, ya que, la tranquilidad estaba retornando.

— Tenemos que levantarlo y sacarlo de aquí, tenemos que anunciar que ya no hay peligro. — Dijo un leñador.

El segundo caballero, se inclinó para tomar el cuerpo de Abel y trasladarlo a otro lugar, pero cuando intentó tocarlo, este despedía una temperatura tan alta, que prácticamente calcinó los dedos del leñador. Este dejó salir un grito de dolor, ya que, había experimentado un ardor que comenzó a extenderse progresivamente a lo largo de su mano. Parecía que las llamas consumieron cada uno de sus dedos, la palma de su mano, su muñeca, y el calor continuaba viajando directamente hacia su hombro.

Sentía como si estuviese introduciendo su mano en un río de lava ardiente, pero aún su brazo estaba allí, parecía ser algo mental, pero en la forma que gritaba y se expresaba, no pudo evitar asustar a su compañero.

— ¿Qué te ocurre? Dime lo que pasa para poder ayudarte. — Dijo el leñador con un rostro aterrado.

Su atención estaba enfocada en su compañero, por lo que, había descuidado por completo la forma en que había comenzado a comportarse el cuerpo de Abel. El hacha, había caído a un lado, ya no está incrustada en su cuerpo, y la herida que había sido infringido en su espalda, había comenzado a cerrarse lentamente. Algunos minutos comenzaron a avanzar, mientras uno de los leñadores sentía que todo su cuerpo estaba en llamas. Gritaba con un dolor desgarrador, como si estuviese siendo consumido directamente por las llamas del infierno.

Su compañero, completamente asustado y sin saber qué hacer, se dio media vuelta para tomar su hacha e ir por ayuda, pero cuando hizo el intento de recoger el arma, pudo ver el cuerpo de Abel completamente recuperado. El rey se había puesto de pie nuevamente, y estaba allí, sosteniendo su espada

mientras veía como estos dos hombres sufrían los daños de haber atacado de manera desprevenida al hechicero.

— No es posible, nadie puede sobrevivir a un ataque como ese. — Gritó el leñador.

— No un humano, tienes razón. Para tu desgracia, soy parte de ese pequeño grupo que sobreviviría algo así o cosas peores. — Dijo Abel mientras incrustaba su espada en el corazón de este leñador.

Limpió el filo de su espada, ya siguió avanzando tras tomar su caballo. Los gritos del otro leñador continuaban haciendo eco en el bosque, dejando absolutamente clara la llegada de un enemigo. Decenas de leñadores habían intentado proteger a la princesa, llevándose a cabo una batalla campal que generaría una gran cantidad de bajas en aquel territorio. Aquellos hombres no eran soldados, simplemente tenían habilidades de pelea que podían dar la posibilidad de tener una vida tranquila y sin amenazas.

Pero de manera inevitable, serían derrotados por el hechicero, quien se abrió paso entre los enormes leñadores, como si se tratara de insignificantes palillos de madera livianos. Los golpeaba, utilizaba su espada para atravesarlos, y absolutamente nadie podía derribarlo. Nuevamente, todo estaba en manos de Astrid para detener aquella locura, ya que, si no tomaba medidas de manera inmediata, más muertes se sumarían a aquellas que se habían generado ya en su nombre.

— Detén ya toda esta locura, volveré contigo si eso es lo que necesitas. — Dijo Astrid mientras hacía acto de presencia.

Los leñadores que aún permanecían con vidas, se sintieron completamente devastados al defraudar a la chica, ya que, esta había dependido enteramente de la seguridad que estos le habían prometido. Pero era completamente inútil, y la princesa había visto las habilidades de pelea de aquel hombre de la máscara que eran completamente impresionantes. Nadie conocido por la chica podría derribar a un hombre con esta capacidad de pelea, por lo que, debía entregarse y cumplir con el destino que el diablo había escogido para ella.

Sentía una furia en su interior indescriptible, pero era esto o seguir viendo cómo seguían asesinando a aquellos que se preocupaban por ella.

— Volveré a casa, deja de asesinar a inocentes.

— No fue mi intención hacer más daño, ya ha sido suficiente con el que ha

sufrido tu pueblo tras tu huida.

— ¿Qué ha ocurrido? Siempre pensé que vendrían por mí, ¿algo malo ha ocurrido en el pueblo?

— Las llamas han consumido gran parte de él, y mientras no vuelvas, seguirá ardiendo y seguirán muriendo inocentes, tenemos que darnos prisa.

La noticia había sido devastadora para la chica, nuevas muertes y vidas inocentes se habían perdido debido a su incapacidad para mantener el control en medio de aquella situación. Ya no había escape, y sabía que el diablo era capaz de hacer cualquier cosa por mantener el poder. Reunió todo el valor posible y volvió a casa confiando en Abel, quien se había mostrado completamente desligados de los intereses iniciales del demonio. Entendía que había alguien más allá de la máscara y los cabellos amarillos, había un ser que estaba atrapado por la voluntad de un ser malvado, y ante la imposibilidad de liberarse, simplemente obedecía órdenes para evitar hacer daño.

Esto, hablaba perfectamente acerca de la bondad y la personalidad de Abel, algo que fue generando cierta curiosidad en la mente de Astrid. Por primera vez en mucho tiempo, después que había iniciado todo el caos, experimenta cierta confianza en alguien, y le parece completamente absurdo que sea precisamente en Abel en quien deposita su confianza. Establecer vínculos con este sujeto no resulta algo demasiado atractivo o inteligente por parte de la chica, ya que esto, le puede traer ciertas desilusiones y problemas en el futuro.

Pero prefiere confiar en Abel, ya que conoce su naturaleza, antes de seguir generando daños, algo que se había evidenciado al momento de regresar a sus tierras cuando vio todo reducido a llamas. Fue inevitable no desplomarse sobre sus rodillas para ver cómo la tierra por la que había luchado su padre y en la que había crecido, había sido consumida por el fuego, por lo que, era momento de viajar al reino de cristal.

Sólo un mes más tarde, Abel y Astrid habían contraído matrimonio, finalmente habían estrechado los lazos que habían sido establecidos por el diablo, cuyo plan, parecía caminar a un ritmo mucho más fluido de lo que ellos mismos esperaban. Existen dos únicos seres en la tierra que pueden combatir al diablo, pero al no conocer la totalidad de su potencial, se encuentran limitados bajo condiciones de miedo e incertidumbre

El matrimonio simplemente era el primer paso para que el diablo pudiese

tomar el control, pero para poder comenzar a ceder, todos debían tocar fondo. El hecho de convertirse en la esposa de un hechicero malvado, no hacía que Astrid se sintiera demasiado segura, dormían en habitaciones diferentes, había cierta distancia entre ellos, pero la idea de que había un hombre completamente diferente detrás de la máscara, permanecía constante mente activa en la mente de la princesa.

La pareja real, simplemente era el canal para la toma de decisiones nefastas de invasión y devastación, las cuales eran giradas directamente por el diablo. Nunca había tenido tanto poder a su disposición, y con dos reinos poderosos unidos, ahora podría avanzar en sus planes de dominación. Pero el potencial que ambos hechiceros tienen en su cuerpo, es mucho más potente combinado, por lo que, será cuestión de tiempo para que comience a trazarse un plan por parte de Abel para salir de todo esto.

No pretende seguir viviendo como un esclavo del diablo durante el resto de su existencia, por lo que, tras pasar su primera noche en la habitación de Astrid, finalmente habían logrado acercarse a una solución.



## V

### Dudas

El odio era generalizado, y Astrid, jamás había experimentado una cantidad de energía en contra como la que había comenzado a vivir desde su matrimonio con Abel. Todos los actos que se llevaban a cabo, perpetrados por el demonio, tenían como respaldo el rostro de Abel y Astrid, por lo que, estos eran los que se habían ganado el odio masivo por parte de las poblaciones. Habían invadido una gran cantidad de lugares, se habían desplazado por territorios inhóspitos llevando destrucción y muerte, y a pesar de que les dolía enormemente lo que estaba ocurriendo, no podían generar una reacción en contra de su líder.

El diablo había ganado mucho poder y potencia, pero esto no les había permitido doblegarse ante sus deseos de rebelarse en algún momento. Si no lo hacían, el destino de la humanidad estaría amenazado hasta sus orígenes. No sabía a ciencia cierta cuáles eran las verdaderas intenciones del diablo, quien constantemente mencionaba su necesidad de eliminar la creación universal.

Parecía un tema de competitividad con los dioses, ya que, el ser humano había sido creado a imagen y semejanza de ellos, una copia para que poblar la tierra y la venganza más óptima que podía desarrollar el diablo, era erradicar esta creación. Sus constantes influencias e intervenciones, habían generado siempre un grave daño, por lo que, la posibilidad de que esta vez tenga éxito está muy cercana a la realidad si la pareja real no está dispuesta a hacer algo que pueda contrarrestar todo este año. Se encuentran en medio de un sufrimiento masivo que no puede compararse con ningún otro periodo de la historia.

Por primera vez, el diablo ha conseguido manejar a dos personas poderosas a su voluntad, ha cometido errores en el pasado, pero ha corregido a tiempo, consiguiendo un plan infalible a prueba de errores. Se podrán ejércitos en movimiento hacia las tierras del Reino de Cristal para intentar contrarrestar el crecimiento de aquel ejército de asesinos que eran formados en grandes campos. Pero parecía increíble que, en cada batalla, las bajas por parte de este reino eran mínimas.

Era todo lo que siempre había soñado ver en la tierra desatado a que el demonio, sus ansias de sangre y destrucción, habían dejado huellas

imborrables en la mente de estos reyes, quienes había que eran completamente desechables y que, si no actuaban a tiempo, posiblemente ellos mismos se convertirían en víctimas en un futuro. Con mucha facilidad, el demonio podría sustituirlos en caso de que percibiera que se estaba tejiendo un plan en su contra. Este ya había pasado por una gran cantidad de pruebas en su existencia, por lo que, estaba absolutamente preparado para enfrentar cualquier intento de sublevación.

Ni el mismo demonio conoce cuál era el potencial que podrían alcanzar Abel y Astrid cuando combinaban su poder. Esto nunca había ocurrido en el pasado, ya que, no había sido necesario juntar a dos de sus súbditos para asumir el control. Sus ansias de más, de poder alcanzar un límite indescriptible poder, lo habían llevado a experimentar con elementos inestables y volátiles, ya que, la personalidad de ambos podría generar resultados sorprendidos y si no se manejaban con cuidado.

Astrid sabía perfectamente que no iba a actuar como un objeto o una sirvienta para el resto de su vida, por lo que, es momento de involucrarse en medio de toda esta situación, donde su principal compañero y en el único en quien puede confiar es Abel, un hechicero oscuro de cuidado. La resistencia que había mostrado Astrid, le había dado la posibilidad Abel de observar un ángulo completamente diferente de esta chica. Al principio podía sentir el miedo y la duda en su forma de hablar, dirigirse a él e inclusive, o sin siquiera mencionar una sola palabra. La incertidumbre era parte del aire, el ambiente estaba plagado de muerte, y el no saber cómo salir de aquella situación, fácilmente alguien más se quebraría.

Pero Astrid tenía un alma sólida y robusta, por lo que, no se quebrantaría con mucha facilidad. Parecía ser algo vinculado a la resistencia, pero al no saber hasta qué punto podrán aguantar, las cosas comienzan a tornarse un poco difíciles de llevar, sobre todo en las noches durante el descanso. Dormir se había convertido prácticamente en un lujo, ya que, tanto Astrid como Abel estaban sometidos a una situación de estrés constante donde la preocupación y la expectativa siempre estaban presentes.

No sabía en qué momento podrían sufrir una sublevación o una traición, por lo que, conciliar el sueño era una tarea realmente difícil. Pero cuando Astrid finalmente conseguía descansar, generalmente tenía sueños realmente extraños, algo que no podía interpretar. Abel había utilizado ciertas herramientas para hacerse presente en los sueños de Astrid, pero no había querido abusar de este

recurso, ya que, no sabía si podía generar un efecto contrario con respecto a la aceptación de la chica.

Habían compartido tantos momentos cruciales, que después de un par de años juntos, repartiendo caos y dolor por toda la tierra, habían estrechado un lazo muy sólido. Abel no lo sabía ciencia cierta, pero estaba experimentando algunos sentimientos que se alimentaban directamente de la presencia y la compañía de la chica. Trataba de mantenerse en silencio para no cometer un error, pero cada vez era mucho más difícil mantener calladas todas esas sensaciones que explotaban en su pecho.

La quería, y quería sacarla de toda aquella situación, convirtiéndose prácticamente en la principal razón para la liberación. No podía permitir que el destino de aquella chica estuviese definido por la esclavitud a un demonio, por lo que, el amor de Abel ha comenzado a transformar la realidad. Actuando en secreto, Abel es capaz de ayudar a algunas de las personas, proporcionándoles herramientas para que estas pudieran tener una estabilidad un poco más llevadera en cada uno de sus hogares.

Si el diablo descubre esto, lo tomará como una traición o un complot en su contra, por lo que, debe actuar con cuidado y no despertar sospechas, pues las consecuencias serían nefastas. Había actuado completamente solo, no había participado de esto a Astrid, quien era una chica que le daría el respaldo absoluto a una acción así. La forma en que había comenzado actuar Abel, revelaba absolutamente todas sus verdaderas intenciones, ya que, era más que evidente que ya se había enamorado. No podía escapar de esta realidad, y lo único que podía hacer era enfrentarla, aunque era un poco frustrante saber que esta no le correspondería en las condiciones en las que se encontraban.

Los meses habían transcurrido, y la crisis que se había agudizado en el pueblo, había comenzado a ceder. Todo se debía a la influencia que había ejercido Abel, ya que, su principal interés era erradicar la enfermedad y los males generados en este pueblo.

Lo hace de manera paulatina, pero pequeños granos de aporte, se habían convertido en cambios significativos que las personas podrían experimentar de forma tangible al poder ver como las enfermedades comenzaban a curarse y el alimento parecía ser un poco más abundante. El sentimiento de bondad y empatía, había surgido por una única razón, la influencia que ejercía la presencia de Astrid en el corazón de Abel, el cual había permanecido frío y

oscuro durante años.

Ahora, es la chica quien le ha proporcionado acceso a una realidad completamente diferente, entregándose únicamente a sus sentimientos, dejando a un lado los miedos de la suposición de lo que pueda ocurrir en un futuro.

Pero estos cambios para bien, no estaban surgiendo de manera natural, Astrid había comenzado a observar como la transformación del pueblo, había sido paulatina, y parecía que el diablo tenía su atención enfocada en otro lugar, ya que, el reino de cristal se estaba reconstruyendo parcialmente ante los ojos de la Reina, quien miraba extasiada como el dolor estaba desapareciendo.

Pero tarde o temprano, tendría que enfrentar la realidad una vez más, y cuando el diablo azotara de nuevo en contra de la raza humana, no tendría contemplaciones. Aquella chica había investigado constantemente los cambios que había sufrido la población, y al saber que esta influencia la estaba generando el propio Abel, fue imposible para la chica ignorar esta condición.

— Lamento interrumpirte, pero hay algo de lo que me gustaría hablar. — Dijo Astrid al entrar al salón principal del castillo de cristal

— ¿Hay algo que te preocupa? Puedo ver cierta angustia en tu rostro. — Respondió Abel.

— Hay algo que está pasando en el pueblo y creo que tienen que ver contigo. Necesito que me respondas con absoluta sinceridad, por favor.

— Estoy a tus órdenes. ¿Qué necesitas saber?

— Las cosas han dejado de empeorar desde hace unos meses, es impresionante cómo las personas se han recuperado, pero sé que no lo han hecho solas. ¿Eso tiene algo que ver contigo? — Preguntó la joven.

La ventaja de Abel era que se podía ocultar detrás de una máscara de acero, y por lo general, sus reacciones no podían ser estudiadas por parte de la chica. Este, logró evadir la pregunta, pero la percepción de la joven era bastante desarrollada, por lo que, no tendría inconvenientes con poder leer su mirada.

— Estoy casi segura de que tiene algo que ver contigo. Te pido por favor que te abras conmigo, ya que, esto significa mucho para mí.

— Astrid, a veces encontramos dentro de nuestro corazón, algunos elementos que pueden despertar a llamas mucho más ardientes que la maldad. Sólo he conocido la soledad y el dolor, pero desde que tú llegaste a mi vida, he

comenzado a sentir algo completamente diferente.

— Debo decir que no estoy molesto del todo con la idea de que seamos esposos.

A mí tampoco me desagrada del todo. Es difícil para mí entender todo esto, no es algo con lo que me sienta plena y conforme, pero has hecho que las cosas sean mucho más sencillas para mí.

En ese momento, Abel sintió una gran necesidad de revelarles aquella chica que estaba desarrollando sentimientos muy fuertes por ella. No había forma de seguir ocultándolo, pero quizá, no era el momento más adecuado. Un cierto intercambio de miradas muy intensas, y después de unos minutos, la chica finalmente decidió abandonar la sala, ya que, la mirada de Abel fue bastante invasiva, y reveló una gran cantidad de sentimientos sin decir una sola palabra.

Aquella noche, para variar, finalmente ambos habían logrado sucumbir ante un sueño profundo y restaurador, era como si un ápice de paz hubiese llegado en medio de todo ese caos que no estaba consumiendo. Sus mentes se habían debilitado terriblemente, prácticamente eran como muertos vivientes caminando por el mundo, y a pesar de que tenían el poder de contrarrestar al líder demoníaco, aún no conocían todo su potencial. Astrid había caído en un sueño profundo, haz algo que no ocurría ya desde algunas semanas.

Aquí, cuando finalmente logró experimentar algo sin precedentes, ya que, era uno estos sueños vividos que confunden a la persona haciéndola dudar de qué es real y qué es falso. Pudo verse en una gran habitación, la cual se encontraba prácticamente vacía. Al otro lado de ella, se encontraba una figura humana, cubierta con un manto negro, la cual generaba cierta e intimidación.

— ¡Hay! ¿Quién eres? — Gritó Astrid desde el otro lado de la sala.

Al no escuchar respuestas, aquella chica se vio obligada a avanzar hacia él. Pero a medida que se acercaba, este se hacía mucho más pequeño. De pronto, cuando estuvo solo a unos pocos metros de distancia, aquella imagen, comenzó a hacerse cada vez más grande, convirtiéndose en un gigante, que, al darse vuelta, mostró su rostro. Aquella mirada, resultaba realmente familiar a la chica, sus facciones eran hermosas, era un hombre de cabello amarillo, con una sonrisa espectacular que dejó la chica sin hablar.

Pero era inevitable sentir miedo, estaba frente a un gigante, así que, comenzó a

correr en dirección contraria, pero de pronto, alguien la tomó por la cintura, aquellas enormes manos de gigante, la bien sujetado sin problema, y tras levantarla, comenzó a caer en el vacío otra vez liberada, cayó en una cama de rosas, estaba cubierta con suaves pétalos que acariciaban su piel, y justo en ese preciso instante, y su acto de aparición un caballero.

— ¿Quién eres? — Preguntó Astrid, quien jamás había visto su rostro.

Se trataba de un hombre muy similar al gigante, pero esta vez, su cabello se encontraba recogido en una cola.

— No es importante quién soy, sino quién quieres que sea. — Dijo aquel hombre.

— Tu voz me resulta familiar y tu mirada me recuerda a... — Dijo Astrid mientras se detenía a pensar por unos minutos lo que estaba ocurriendo.

Aquel hombre, quien estaba cubierto con una túnica negra, dejó caer la pieza de tela al suelo, mostrándose completamente desnudo y entrando a la cama. Era algo completamente al lado sin sentido, ya que, en otras ocasiones, Astrid no habría permitido esto. Pero parecía que su mente estaba jugando con ella, y le estaba llevando a experimentar algo completamente sin precedentes.

Esa confusión que experimentaba al no saber si era real o un sueño, le daba cierta libertad para explorar e intentar determinar hasta dónde podía llegar. Sus manos comenzaron a tocar los bíceps de aquel sujeto, y se sentía cómoda. Aquel hombre la ve fijamente, mientras una sonrisa se mostraba frente ella, transmitiéndole confianza y mucha tranquilidad.

— Ha pasado un tiempo desde que estuve con un hombre. Tengo miedo. — Dijo Astrid.

El hombre acarició rostro de la chica, y sin dudarle más tiempo, besó sus labios. El sabor de aquel beso explotó en el interior de la chica, proporcionándole una sensación tan deliciosa que solamente podía ser comparada con el manjar más exquisito preparado en el reino. Besos con un sabor a melocotones en almíbar, y la textura era absolutamente suave y buscar no sé. Esto le invitó a aumentar la intensidad del beso, aferrándose a que el hombre desnudo, con mucho fervor.

Las caricias no se hicieron esperar, ya que el hombre comenzó a tocar el cuerpo de la joven mientras intentaba deshacerse de sus ropas. Astrid, quien había tenido un episodio traumático en el pasado con su primera vez, sentía

cierta desconfianza, pero este hombre no dejaba de verla los ojos, y debes en cuando dirigía su mirada hacia su cuerpo, pero volvía nuevamente a hacer contacto visual con ella para proporcionarle seguridad de todo lo que estaba ocurriendo.

El aroma del ambiente era agradable, relajante, y era complementado por caricias de aquel sujeto, no podía sentirse mejor. Aquella lluvia de besos, se convirtió en una demostración de amor absoluto entre dos extraños, ya que, a pesar de que para Astrid resultaba bastante familiar, sabía perfectamente que nunca antes lo había visto. Sintió como aquel hombre se posó sobre su cuerpo, el cual es encontraba desnudo. Había acariciado sus pechos, había besado los lunares que adornaban el cuello de la reina, y mientras sus manos recorrían el territorio, esta disfrutaba del roce entre los cuerpos.

El aroma a rosas impregnaba el entorno, mientras el sexo y la lujuria se hacía presente en una escena que marcaría un antes y un después en la vida de Astrid. La única vez que había tenido relaciones sexuales con un hombre, había sido completamente torpe y traumático, por lo que, era el momento de renovar estos recuerdos y convertirlos en una experiencia mucho más satisfactoria. Pero al no saber si esto es real o falso, siente una gran cantidad y certidumbre atrapada en su pecho.

Hay muchas razones para pensar que todo es parte de su imaginación, pero de manera automática, entiende que la forma en que la toca este hombre no puede ser una ilusión, ya que, puedes sentir su piel, el roce, entre sus cuerpos, la fricción y cada una de las penetraciones que se llevan a cabo. El placer es exquisito y magnífico, por lo que, es imposible tan siquiera pensar que se trata de una fantasía. Todo había iniciado de una manera romántica y sutil, pero mientras más penetraciones se llevan a cabo, más locura desenfrenada surgía entre ellos.

Ninguno de los dos podía tener el control del acto, ya que, parecían dejarse llevar únicamente por su instinto. Los pechos de la joven se presionan contra el pecho de aquel extraño rubio, a quien parece reconocer, pero no recuerda el lugar. Esa sensación de hacer el amor con un completo extraño, le excita enormemente, sumiéndola en un trance donde puede experimentar una gran cantidad de sentimientos que nunca antes habían aflorado.

Es la primera vez que se siente así tan libre, ya que, durante todo este proceso de cambio, se había convertido prácticamente en una esclava de sí misma.

Sentía como aquel sujeto la sujetaba del cabello, mientras la penetraba desde atrás, disfrutando de sus definidos glúteos, mientras su espalda estilizada se convertía en el principal protagonista de una imagen espectacular.

Fue un acto absolutamente apasionado, donde ambos tuvieron la posibilidad de demostrarse el deseo genuino que se tenían.

Había surgido de la nada, y la aparición de este sujeto no tenía ningún tipo de explicación para ella. Pero unas horas más tarde, habría una sensación de decepción realmente profunda, cuando Abel despertaría en su cama completamente confundido, después de haber sentido algo muy similar a lo que había vivido Astrid. Parecía que había cierta conexión entre dos dimensiones diferentes, ya que, cuando el hombre observó su mano, pudo ver una gran cantidad de cabello rizado y amarillo entre sus dedos

Estaba demasiado confundido como para poder hacer un análisis de lo que había ocurrido. Simplemente observó los cabellos y los acarició, sabiendo perfectamente que estos pertenecían a Astrid. No había forma de que lo que había ocurrido en el lugar fuese real, pero la confusión se apodera de él. Ante tal nivel de incertidumbre, Abel saldría de la cama, olvidando por primera vez ponerse su máscara de acero. Caminó por aquel pasillo que lo llevaría directamente hacia la habitación de Astrid, era una noche fría, y los pies descalzos del rey, avanzan directamente hacia lo incierto.

No sabe qué encontrará en aquella habitación, pero está violando sus propios parámetros, ya que, en todo este tiempo, nunca había sido capaz de entrar a la habitación de la chica sin una autorización previa. Tu cuerpo se siente agotado, y una satisfacción que sólo puede experimentarse luego de una sesión de sexo masiva. Lo que sea que había ocurrido en aquel sueño, no podía haberle pasado a él nada más, pero al encontrar cabellos de rubios en sus manos, asume que algo muy extraño ocurrió durante la noche.

Para asegurarse de que no le había hecho daño a Astrid, Abel se había dirigido directamente hacia felicitación, intentando encontrar respuestas a todas esas preguntas que habían surgido de manera repentina. Muy en su interior, quiere creer que fue verdad, pero sabe que no hay una explicación lógica para esto. Como hechicero, sabe que hay elementos que puede manejar y manipular, pero algo como esto nunca había ocurrido en toda su vida. Considera la posibilidad de que haya nuevas habilidades que desconoce, y quizá es la propia Astrid quien ha desarrollado este potencial dónde se ha



visto involucrado él.

Tras abrir la puerta con mucho cuidado, pudo observar a la chica completamente dormida, dejándole una clara señal de que aquello pudo haber sido una ilusión. Es momento de volver a su habitación, ya que, al no tener su máscara, se expone a ser visto de esta manera en aquel lugar, y lo menos que quiere el rey Abel es que vean su rostro desfigurado. Cuando cerró la puerta, se pudo escuchar un leve sonido que despertó a una excitada Astrid, quien apenas salía de su ilusión.

Al saber que había alguien que la estaba observando, salió de su cama rápidamente y corrió hasta la puerta, abrió y pudo ver a Abel corriendo directamente su habitación, algo que le llenó de una curiosidad terrible. Esto se sumó a la posibilidad de que todo lo que había ocurrido fuese verdad, por lo que, la confusión, la vergüenza y la incertidumbre son los principales ingredientes que invaden el corazón de estos dos personajes. Pero no había mucho tiempo para buscar explicaciones a un acto como este, ya que, sólo un par de días después, aparecería el diablo nuevamente ante estos dos personajes, mientras estos degustaban una deliciosa cena.

— ¡He llegado justo a tiempo para disfrutar de una buena comida! Espero no importunarlos, pero necesitamos un cambio de plan.

— ¿A qué te refieres, no te cansas de utilizarnos?

— Cuida tu temperamento, Astrid. No tengo intenciones de iniciar una disputa el día de hoy. — Dijo el diablo mientras se sentaba a la mesa.

Tomaba trozos de pavo de un plato central, y comía como si hubiese el apetito despierto desde hacía siglos. Sus costumbres no eran las más educadas, ya que, la comida quedaba entre sus dientes y a mi ensuciado terriblemente sus manos. Era una imagen desagradable para la chica, quien perdió el apetito ese preciso instante. Pero este hecho, sería completamente insignificante en comparación al impacto que generaría las palabras que tendría que decir el diablo, quien había dejado lo mejor para el final. Gran parte de la cena se había desarrollado en absoluto silencio, pero finalmente, aquel sujeto de traje negro y peinado perfecto, se puso de pie y declaró exactamente lo que había ido a informar.

— La verdadera razón por la cual decidí casarlos, es porque necesito descendencia. Deberán gestar un bebé que se convertirá en el heredero único,

aquí en convertiré en mi súbdito y protegido, ya ustedes no me serán útiles a partir de ese momento.

— ¿Y qué te hace pensar que obedeceremos? — Dijo Abel con un tono retador.

— Aún no conocen cuánto daño puedo generar, así que, no hemos llegado hasta aquí para comenzar a estorbar. Conocen cuáles son mis deseos, así que, comiencen a trabajar en ello. — Dijo el diablo antes de abandonar el lugar.

Tener un bebé solo podía significar una cosa, intimidad, algo que llenó de vergüenza a Astrid, quien no se imaginaba en una misma cama con Abel.

## VI

### Podere combinados

La curiosidad los había estado consumiendo durante un par de noches, ya que, tras las órdenes que había dado directamente el diablo, solamente habían comenzado a crecer una gran cantidad de posibilidades para entregar su cuerpo a Abel.

Era necesario obedecer, o de lo contrario, este hombre tomaría represalias en contra de cualquiera de los dos, y ya sabían que no se trataba de juegos. El diablo quería un bebé que tuviese la sangre pura del mal, pero esto, posiblemente no saldría tal y como lo esperaba. Astrid y Abel, habían desarrollado una teoría de que, si ambas habilidades se juntaban, este niño tendría poderes incontrolables.

De esta forma, podría utilizarlo en contra del diablo, quien buscaría de manera desesperada tener el control absoluto de este niño. El mundo se encontraba en un grave peligro, y si no se hacía algo con absoluta responsabilidad, voy pronto hasta ellos dos se verían afectados y morirían a manos del propio demonio. Su primer encuentro, no sería nada sencillo de afrontar, ya que, a pesar de que Astrid sentía una gran curiosidad por conocer las habilidades de este hombre en la cama, sentía cierta vergüenza.

Ambos habían pautado un encuentro aquella noche, y a la luz de las velas, tendrían por primera vez sexo con el objetivo de estar aquí el bebé deseado por el diablo. Tenían que obedecer, pero más allá de una simple orden, existía una fuerte curiosidad en el corazón de ambos, ya que, quería experimentar esa sensación de tener sus cuerpos unidos como uno solo en medio de una sesión de sexo apasionado.

Pero para Astrid, no dejaba de ser un poco perturbador el hecho de la existencia de la máscara, ya que, no podría besar los labios del rey, no podía tocar su rostro, por lo que, no hubo forma de convencerlo de que se quitara la máscara.

Pero en medio del retorcido que podría parecer, esto pareció despertar la curiosidad de Astrid, quien, para entrar a la habitación del rey, encontraría un hombre que también estaba tan inseguro como ella.

— Lo que estamos a punto de hacer puede generar cambios en nosotros que

nos puede llevar a un camino donde no habrá vuelta atrás. ¿Estás dispuesta a seguir adelante? — Preguntó Abel mientras tomaba de la mano Astrid.

La forma en que le había tocado y acariciado su piel, que había proporcionado una sensación bastante familiar, pero con la cual no podía identificarse. Era algo de seguridad, un soporte y apoyo que traducía normalmente la existencia de una empatía ante la gran cantidad de miedo. Aquella mujer era completamente capaz de entregar ser con tal de no ver que el diablo siguiese haciendo daño a la población humana.

Pero, aunque la solución que había determinado el demonio era bastante drástica, no podrían tardar un poco más de tiempo, pues esto les garantizaría la extensión del periodo para poder ejecutar su plan. Saben que una traición el demonio no será bien recibido, Esteva sería toda su furia en contra de ellos, y automáticamente, perdería cualquier posibilidad de contrarrestar todo el mal que se había encargado este sujeto de sembrar en todo el planeta. Mientras aquel nombre cabello rubio permanecía con su rostro cubierto, podía contemplar el cuerpo de Astrid, quien llevaba un vestido liviano ligero y muy delgado, el cual dejaba ver gran parte de sus curvas.

Fue imposible para él no experimentar esa excitación que puede sufrir un hombre al ver a una mujer que le atrae enormemente. Sintió una gran cantidad de fuego eso en su interior, por lo que, simplemente la observó mientras esta se ambientaba el clima de tensión que había en aquella habitación. Se entregaría un hombre por el cual había comenzado sentir algunos sentimientos, algo de atracción, curiosidad, pero sabía que no había amor en aquella interacción.

Astrid era una chica que conocía perfectamente su personalidad y podía trabajar sus límites, por lo que, estar en una situación cómo está la confunde enormemente. Camino hacia los brazos de Abel, quien la abrazó, y sintió el calor del cuerpo de aquel hombre calentándola. Sentía un poco de frío, no era la noche más agradable que había vivido en su vida, ya que, estaba aceptando las condiciones del diablo y tenía que entregarle su cuerpo a Abel.

Este, sujetándola entre sus brazos, comenzó acariciar su espalda de la manera suave, lo que fue proporcionándole algo de excitación a la joven. Era muy extraño para ella sentir todas estas expresiones en su vientre y en su pecho, ya que, los escalofríos viajaban como descarga de corriente por todas sus terminaciones nerviosas. La manera en que la observaba otra vez de su

máscara, no le generaba miedo, y la chica, en medio de un acto lleno de inseguridad y temor, comenzó a ceder su carne directamente a este hombre.

Mientras más caricia se llevan a cabo entre ambos, mucho más agradable se hacía la sesión de sexo. El hombre parecía estar paciente ante el desenvolvimiento lento de la chica, por lo que, cuando experimentó su calor corporal, la erección de su pene fue masiva.

Astrid pudo notar esto, ya que, la ropa que llevaba puesta el rey era ligera. Un abrigo de seda color negro cubría a Abel, y esta liberó el cinturón que ya estaba en su cintura, pudo finalmente de degustar su mirada con la desnudez aquel hombre. Era un cuerpo blanco y perfecto, con músculos definidos y una textura delgada que resultaba muy atractiva para la chica.

Abdomen plano, un miembro de tamaño considerable y un color rosado que le hizo agua la boca a Astrid. La chica, un poco apenada, quería demostrarle a que el sujeto que no era una chica tímida e insegura, por lo que, no dudó en ponerse de rodillas introducir aquel trozo de carne jugoso que le pedía a gritos que lo probara.

Yo algunas probadas iniciales, la mía superficial, sólo Briche con su saliva, y poco a poco fue ganando un poco de confianza. Abel, sujetaba el cabello de la chica para apartar lo poder ver su mirada ante la luz tenue de las velas, le excitaba enormemente como la chica introducía aquel enorme pene en su boca mientras lo veía directamente a los ojos.

Esto le hizo saber que aquella mujer podía proporcionarle un sexo magnífico sin necesidad de que fuese un acto traumático y de sacrificio. Fue entonces, cuando te la tomó de la mano y la llevó directamente a su cama. La dejó caer sobre la suave superficie, y acto seguido, se acomodó justo entre sus piernas para introducir su miembro. Astrid ya había lubricado lo suficiente como para poder sentir como aquel miembro entró fácilmente en ella.

Su grito fue acompañado de un apretón de la espalda de que el hombre, tratando de aferrarse a él para demostrarle que había disfrutado esta primera interacción. Se estaba exponiendo a algo que nunca había conocido, era la primera vez que estaba con un hombre simplemente por conveniencia. En este caso, no se trataba de una conveniencia propia, no había nada que ella pudiese conseguir de él, al menos no que le interesara, por lo que, se trataba de simples órdenes proporcionadas por el demonio, aquellas amenazas no voy podían tomarse a la ligera.

Después de hacer el amor durante algunas horas, parecía que no había final para su energía, disfrutaba enormemente de cada caricia, de cada roce, y estaban entregados a una interacción sin precedentes que ninguno de los dos imaginaría que sería tan fluida.

La existencia de la máscara había interrumpido un poco la interacción, pero Astrid no podía condicionada a Abel para que se diera ante sus curiosidades. Era un hombre con una personalidad muy extraña y limitada, por lo que, parte de la magia de este encuentro, se lleva a cabo gracias a la existencia de este artefacto en el rostro de aquel hombre.

Le encantaba como lo tocaba, le acariciaba, los gemidos que salían desde el interior de aquí el trozo de acero, ya que, aquel hombre estaba disfrutando de una manera formidable de la manera en que el cuerpo estilizado de aquella chica se sacudía de una manera natural durante sus penetraciones.

Mientras más profundas eran las penetraciones, más agudos en los gemidos de la chica, por lo que, el hombre no está dispuesto a detenerse en medio de este viaje directamente al clímax del placer absoluto cuando ambos alcancen el orgasmo.

No se suponía que tuviesen que disfrutarlo, era algo que simplemente debían hacer para satisfacer al demonio, quien necesitaba que esta chica quedara embarazada del rey, y una vez que pudiese dar a luz el hijo, el diablo podría tener un heredero de sangre pura y este se convertiría en el rey absoluto y emperador del mundo.

Había planes específicos y el daño que estaba dispuesto a infligir el diablo en cada milímetro de la tierra, ya estaba establecido, pero ante la necesidad de Abel y su nuevo amor de poder liberar al mundo de la amenaza del demonio, existe una amenaza latente para los planes de esta criatura.

La manera en que hacían el amor, era algo que no parecía ser entre dos extraños, existía una conexión realmente intensa, como si se hubiese conocido desde hacía un tiempo atrás. Sabían dónde tocarse, como hacerlo, eran delicados y muy precisos, por lo que, cada vez la interacción se hacía mucho más profunda.

Mientras Astrid sentía como este hombre la penetraba de una manera bastante gentil, ella se acercaba a un orgasmo masivo que sabía que sería espectacular. No había forma de que lo que este hombre le proporcionaría, no fuese sino

algo comparado con el gusto más exquisito que cualquier persona le proporcionara jamás.

Astrid, disfrutaba de la piel de aquel hombre, besaba su pecho, se aferraba a su cuello y apretada con mucha fuerza mientras hacer cada vez más al clímax de aquel encuentro. Pero no podría resistir para siempre, y los estímulos ocasionados por este hombre, difícilmente podrían aguantarse durante algunos minutos más.

Pues sería entonces cuando finalmente aquel hombre explotaría en una masiva descarga de semen en su interior. Esto podría generar resultados esperados, pero no lo sabrán si no hasta dentro del tiempo establecido naturalmente para que puedan conocer si finalmente aquel bebé había comenzado a gestarse en el vientre de Astrid.

El orgasmo había sido simultáneo, pero estos no habían desaprovechado cada oportunidad que había surgido después de aquel primer encuentro para llevar a cabo sesiones de sexo llenas de lujuria y ardiente pasión. Cuando se encontraban en los pasillos de aquel castillo, Abel no podía controlarse, ya había conocido el cuerpo de aquella mujer, pero lo que más curiosidad degeneraba era el hecho de que le parecía ser familiar, como si algo en la anatomía de Astrid, siempre hubiese llamado a gritos las acciones de Abel.

Había una forma bastante particular de conectarse, y ya era un gusto magnífico seguir intentando complacer las órdenes del demonio. Este los había puesto a prueba, y quizás sometería a Astrid a un sacrificio de entregar su cuerpo aún extraño, pero esto poco le importaba. De manera drástica, los planes habían cambiado, y ambos utilizaban este mandato del demonio simplemente como una excusa para poder desatar sesiones de sexo desenfrenadas y llenas de una lujuria completamente desenfrenada.

Pero de manera inesperada, algunas semanas después, Astrid comenzaría a sentir los síntomas habituales de un embarazo, ante lo que, experimentaron un terror indescriptible.

— ¿Estás segura? — Preguntó Abel a escuchar la noticia.

Era evidente que se sentía feliz, ya que, vendía un bebé junto a la mujer, de la que había comenzado enamorarse, y aunque esta realidad era bastante difícil de aceptar, para ver era un absoluto hecho que había comenzado a experimentar sentimientos muy fuertes por la princesa que ahora era su reina.

La había convertido en su mujer, es objeto sexual, en aquella que le proporcionaba un placer indescriptible, pero no podían vivir de esta forma tan irresponsable durante el resto de sus vidas, ya que, si el diablo tomaba el poder absoluto, el resto de sus días estarían contados.

Convertirse en padres de una hermosa criatura no había sido el plan inicial, pero cuando lo vieron nacer, supieron que el destino podía tomar dos cursos completamente diferentes. Se habían enamorado profundamente de su hijo, y afrontar la posibilidad de perderlo, no sería una tarea sencilla para la pareja. Astrid estaba dispuesta a dar su propia vida si era necesario, lucharía contra el propio diablo si lo ameritaba, en caso de que este tuviese la intención de quitarle al bebé.

Sabe que sólo es cuestión de tiempo para que este malévolo sujeto llegue de manera repentina y reclame lo que había establecido como una norma y una regla que debía cumplirse o de lo contrario habría consecuencias fatales. Astrid sabe que su poder es tan desarrollado como el del diablo, ya que, ésta ha puesto a prueba sus facultades de bruja durante años, y sabe que sería una contendiente decente para esta criatura. Recibiendo la preparación por parte de Abel, se había convertido en una bruja muy poderosa, que combinando sus habilidades con las de Abel, fácilmente derrotarían a el diablo.

Pero la ingenuidad no era una característica que escribiera esta criatura, por lo que, aquella noche cuando se hizo presente en el castillo para reclamar su trofeo, posiblemente estarían preparados.

— He venido por lo que me corresponde, ¿dónde está? — Preguntó el diablo.

— Está dormido, por favor, no nos hagas esto. — Dijo Astrid mientras corría hacia el demonio para tomar su mano.

En este no existía una sola grano de Piedad, por lo que, al ver las lágrimas en el rostro de la chica, simplemente sonrío.

— No me digas que le tomaste cariño al bebé. Si es así, sabes muy bien que es un grave error, no hay nada que puedas hacer para hacerme cambiar de idea.

— Dijo el demonio.

— Te lo pido por favor, haré lo que me indiques, lo que ordenes lo haré, pero no me quites a mi hijo. — Imploró Astrid.

La chica mantenía sus manos sujetando la mano derecha del demonio, la cual era utilizada generalmente para sus poderes. Podría congelar, desintegrar,



generar un incendio, haciendo uso de su mano derecha, por lo que, la chica se aferra a ella de una manera bastante sospechosa. Pero a pesar de que era extraño el comportamiento de la reina, el diablo nunca sospechó de lo que estaba por ocurrir.

— Si no me entregas el niño ahora mismo, lo buscaré yo mismo, pero no antes sin asesinarte. — Dijo el sujeto mientras tomaba del cuello a Astrid.

Sabía que no era una broma, y ya no había tiempo para juegos, por lo que, la aparición de Abel en ese instante fue determinante. Cada movimiento debía hacerse con precisión y perfección, ya que, si se equivocaban, no tendrían otra oportunidad. Tendrían que salvar a su hijo, y la única manera de hacer esto, era a través de un hechizo tan poderoso, que ni el propio diablo podría tener la posibilidad de liberarlo. Gradualmente, Astrid y Abel habían fabricado una máscara sin ojos, lo que bloquearía la mirada de quien la portara.

Estaba diseñada especialmente para el diablo, quien solía utilizar su mirada para poder ver en el interior de las personas y explorar sus miedos más profundos para utilizarlos en su contra. Abel había caído exactamente desde el techo, se había ocultado allí portando la máscara entre sus manos, y al caer de manera sorpresiva justo detrás del diablo, cuando trató de colocar la máscara sobre su rostro, este utilizó su mano derecha.

Astrid utilizó todo su poder para contenerlo, y así finalmente habían logrado bloquear la mirada del demonio. El hechizo que tenía la máscara era tan poderoso, que no había forma de liberarse de él sino con el embrujo correcto. El diablo, enfurecido, había comenzado a sacudirse de un lugar a otro gritando de manera furiosa. Se movía de un lugar a otro tratando de liberarse de aquella máscara de acero, pero todo había sido completamente inútil.

— ¡Quítame esto o los mataré a ambos! — Gritaba el demonio.

No tenían posibilidad de asesinarlo, pero era la única manera de neutralizar sus poderes mientras escapaban. Pero Abel sabía perfectamente que este embrujo no duraría para siempre, y si el diablo lograba deshacerse de esta máscara, pronto los encontraría y los haría pagar, tanto a él como a Astrid y a su hijo. Fue entonces, cuando finalmente decidí utilizar todo el poder para eliminar al demonio, utilizando sus manos para intentar paralizar el corazón oscuro de aquella criatura.

Astrid, al ver las limitantes de aquella máscara de acero sobre los poderes de

Abel, había utilizado su potencial para liberarlos de este artefacto. Ya para ella no era importante que este hombre tuviese alguna cicatriz o alguna marca en su rostro, como ya se lo había confesado en algún momento. Ella simplemente quería conocer al verdadero Abel, y mientras este ganaba confianza al ver el amor que le demostraba Astrid, sus poderes podían aumentar significativamente.

Esta era la demostración más pura de amor, ya que, no había ningún estímulo físico o interés por parte de la chica, simplemente había desarrollado un sentimiento genuino y había confiado en él. Sus poderes se potenciaron en ese instante, y con ayuda de los poderes de Astrid, finalmente habían logrado adormecer al demonio. Era momento de encerrarlo, tenía que dormir durante siglos nuevamente, ya que, no podía seguir caminando por el mundo o la humanidad desaparecería para siempre.

La pelea había sido un éxito, y tras ponerle la máscara el diablo y adormecer sus poderes, finalmente lo habían encerrado una vez más en una prisión subterránea. Los poderes de Astrid, lograban llegar a un nivel es que ni el propio Abel conocía, quien creía que viviría para siempre con su rostro desfigurado, pero tras lograr la victoria y poder asegurar la vida de su hijo y la mujer que amaba, esta le regresaría el favor que eliminando las cicatrices y marcas que habían quedado en su rostro tras el enfrentamiento con el diablo.

Era momento de devolverle la paz al pueblo, al mundo y recuperar una vida normal. Ambos hechiceros habían logrado derrotar el peor mal que había caminado sobre la tierra, y aunque no estaría encerrado para siempre, al menos ellos podrían contener la amenaza durante algunas décadas.

## ***NOTA DEL AUTOR***

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarás a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestras lectoras.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

*Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)*

**[Haz click aquí](#)**

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir  
libros gratis  
recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer  
:)*

[www.extasiseditorial.com/unete](http://www.extasiseditorial.com/unete)  
[www.extasiseditorial.com/audiolibros](http://www.extasiseditorial.com/audiolibros)  
[www.extasiseditorial.com/reviewers](http://www.extasiseditorial.com/reviewers)

***¿Quieres seguir leyendo?***

Otras Obras:

***La Mujer Trofeo – Laura Lago***

*Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario*  
*(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

***Esclava Marcada – Alba Duro***

*Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y*  
*Mafioso*  
*(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

***Sumisión Total – Alba Duro***

*10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo*  
*(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)*

# “*Bonus Track*”

— *Preview de [“La Mujer Trofeo”](#)* —

## Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo

inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo

su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene



marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonríe y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Adem as, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—.  Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que est  haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se est  pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga.  Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso,  qu  más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

## **Javier**

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va.  Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una

frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

## **La Mujer Trofeo**

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

*Ah, y...*

*¿Has dejado ya una Review de este libro?*

*Gracias.*